



*Sagrados Corazones*  
PROVINCIA DE ESPAÑA

Hermano Eugenio Eyraud, ssc  
coraje y aguante

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

# Sumario

HERMANO EUGENIO EYRAUD, ss.cc. ....	3
“coraje y aguante” .....	3
PRELUDIO .....	3
DOS <i>MOAIS</i> DEL PACÍFICO.....	3
EL EVANGELIO EN SOLITARIO.....	4
Catequesis para niños.....	9
Velero en el horizonte.....	15
DE MISIONERO LAICO SOLITARIO A MISIONERO RELIGIOSO DE LA CONGREGACIÓN .....	18
PREPARACIÓN A SU ASUNCIÓN .....	19
EUGENIO EYRAUD, UN SENCILLO CRISTIANO .....	22
E P Í L O G O.....	31
Unas acotaciones al texto.....	32
PAKARATI .....	34
Vocabulario de la lengua de la isla de Pascua o Rapa Nui .....	39

## HERMANO EUGENIO EYRAUD, ss.cc. "coraje y aguante"

### PRELUDIO

#### DOS *MOAIS* DEL PACÍFICO

Por casualidad cae en tus manos la historia de nuestras misiones evangelizadoras del s. XVIII en Oceanía. Alguien a quien conocías poco más que de nombre, llega a impresionar de tu mente y tu corazón, debido al asombro que te causan los caminos tan singulares por los que se ha ido desarrollando su vocación misionera: "Como llevados de la mano", como si su vida no fuera suya. Gigantescos *moais* despertados en sus lechos en el acantilado, donde dormían desde siempre, trasladándose sin pies cerca del mar y puestos en pie por su propia fuerza sobrehumana. Su rostro permanecía imperturbable esperando para mirar la primera salida de sol, que recorrida su tierra se marcha a sus espaldas al viaje entre las tinieblas. En la noche le esperan con los ojos fijos y amenazantes. Son los amos del sol, que aman y veneran a tal siervo que cuida de su tierra y de su mar. Todos cuantos vinieron a su tierra les han abandonado.

\* \* \* \* \*

Con este breve escrito queremos dar a conocer a este Hermano (1820-1868) de la Congregación, menos conocido de lo que se merece, muerto en la plenitud de su vida en la isla de Pascua – Rapa Nui para los nativos – contagiado por la viruela tuberculosa que padecían los aborígenes. Raptados éstos para trabajos inhumanos en las minas y predios de Perú, el efecto fue el contagio de la enfermedad mortal, primero entre ellos. Nos hace pensar de inmediato en el P. Damián (1840-1889), contemporáneo suyo durante unos años sobre el Pacífico, quien en la muerte del H. Eyraud se encontraba ya en Hawaii desde marzo de 1864. Dos *moais* a quienes esperaban las islas. Lo que importa no es tanto la coincidencia de las fechas, cuanto la semejanza de amor por los más desgraciados, con una paridad tal de detalles de vida entre ellos, que se la arrebató el contagio de la santidad de Dios, llegada a cada uno por contagio de la enfermedad de la que Dios ya estaba también contagiado. Dos figuras egregias, muy semejantes, de nuestra Congregación sobre las aguas del Pacífico (Dios)

## EL EVANGELIO EN SOLITARIO

Annales 1968, pp 253-262.

El viernes ya lejano del 14 de agosto 1868 fue un día muy solemne en un punto muy reducido de la tierra y para los habitantes que la ocupaban. Este rincón de la tierra era una isla prácticamente desconocida: La Isla de *Pascua* o *Rapa Nui*.

Desde las 6 de la mañana, dos sacerdotes [ss.cc.] comenzaron una importante ceremonia que se prolongó hasta las 2 de la tarde. En su celebración, unos 600 indígenas, recibieron la muy alta dignidad de hijos de Dios y hermanos de Jesucristo en estos lugares alejados, mientras que sobre sus frentes morenas corría el agua misteriosa del bautismo.

Un habitante de la isla de Pascua, uno solo, no asistió a este acontecimiento, el mayor y el más glorioso de toda la historia de la isla. Y sin embargo, era él quien más ardientemente había deseado ver este día y quien más que nadie merecía estar allí presente; pero en él se cumplió entonces lo del Evangelio: "como dice el refrán: uno siembra y otro siega" (Jn. 4, 37). Solo, tendido sobre su lecho de enfermo, mientras sentía en todo su ser una fatiga depresiva, repasaba el film de su misteriosa vida. Esta desfilaba con nitidez, y lentitud, como imágenes de un sueño, sobre la blanca pantalla de su alma pura. Todos los detalles de su vida volvían en su busca, pero solamente para él, en estas horas tan penosas del 14 de agosto 1868.

No encontraba ninguna explicación satisfactoria a su extraño destino. ¿Por qué fuerza y por quién había él sido atraído hasta esta hora tan dolorosa, en esta isla desconocida y perdida en la inmensidad del Océano Pacífico? Preparaba con 29 años de antelación, la que iba a padecer otro gigante, hermano suyo en la Congregación el hoy beato Damián de Molokai, en una península más pequeña que su isla, rodeado del incesante oleaje que cantaba contra el acantilado "el Descanso eterno y la Luz perpetua". "Las Islas" que, en mirada que atravesaba los siglos, vio nuestro Fundador, sin saber por qué. (Testimonio de Mons Beaugard, obispo de Orléans, 1821/1840). El comienzo de su vida, de su viaje hacia la isla de Rapa Nui quedaba muy lejos. Fue en el sur de Francia, en la aldea de Saint-Bonnet, al pie de los Alpes. Allí, en su bienamada tierra natal, habían transcurrido sus primeros años, entre sus padres y sus cinco hermanos. Se acordaba perfectamente de la muerte de su padre acaecida en 1829. Su humilde casa se levantaba todavía idéntica, sin que nada la hubiera cambiado: su imagen, en ese momento, le llenaba de emoción y de ternura. Era ahora un cuadro, de paisajes tan diferentes: allí, el del comienzo de su existencia, aquí, el de donde se extinguía lentamente. Y entre aquel comienzo y este fin, cuántos episodios inesperados e imprevistos!. En tan poco tiempo. Era demasiado joven (1820-1868), la edad de los

héroes, como la de su hermano Damián (1840-1889), contagiado Eugenio por la tuberculosis de su gente, Damián por la lepra de quienes llevó al cielo.

El acontecimiento que le impresionó más profundamente y que fijó para siempre la orientación de su vida, fue su primera comunión. Él tenía 13 años cuando la recibió. Desde aquel día una fuerza misteriosa le empujaba a cumplir fielmente el pacto tácito y secreto que se había establecido entre su alma y Dios<sup>1</sup>. Su apacible vida campesina llegó a su término cuando tuvo conciencia de que debía aprender un oficio. Le condujeron las circunstancias a la ciudad de Blois, donde su hermano mayor, José, le ofreció trabajo y un oficio, en su taller de mecánica y serrería que él había montado en esa ciudad. En Blois, Eugenio Eyraud vivió unos tres años, y gracias a su aplicación y a su ardor por el trabajo llegó a ser un verdadero maestro en el arte de trabajar el metal. Ya comenzaba a realizar su proyecto de recorrer las principales ciudades de Francia para terminar en París, costumbre entonces en el país con el fin de perfeccionarse al máximo en los secretos de su oficio, cuando de repente decidió volver por un tiempo a su terruño natal.

Lo que se proponía, en realidad, era separarse de su madre y de sus hermanos. Había llegado un poderoso industrial argentino con una propuesta atractiva: venía a ofrecerle nada menos que la dirección técnica de las instalaciones metalúrgicas que poseía en su país. Con el consentimiento de su madre, se embarcó, para una estancia temporal, con destino a Argentina. Pero allí, no se le pudo dar el trabajo prometido, porque la guerra, que asolaba esa nación, había paralizado todas las instalaciones industriales de su amigo y bienhechor. Esta circunstancia le empujó a traspasar la Cordillera de los Andes para buscar en Chile el trabajo y sustento del que tenía buena necesidad. Ya le tenemos en Chile como emigrante, el obrero francés especializado, Eugenio Eyraud. Su maestría, su honestidad, su seriedad le conquistaron muy rápidamente el respeto y la estima de todos aquellos que le conocieron en Chile. No le faltó ni trabajo, ni dinero. Así, un año después de su salida de Francia, pudo tener la satisfacción de enviar de Santiago (Chile) buenas noticias y una ayuda generosa a su madre y a sus hermanos. En 1849, encontramos a Eugenio instalado en la ciudad de Copiapó, donde su situación prospera de día en día.

Sin embargo, esta prosperidad exterior oculta una insatisfacción muy profunda, muy antigua. Lejos de apagarse, le acosa de continuo y cada día con más fuerza. Todo cuanto ha hecho y logrado en su vida, no le da esa satisfacción, esa plenitud que él busca desde hace tanto tiempo.

---

<sup>1</sup> Posteriormente ofrecemos una carta de su hermano menor, que al enterarse por la revista misionera "*Les Missions Catholiques*" de la muerte en la Isla de Pascua de este su hermano mayor, escribió a uno de los religiosos de nuestra Congregación informándole de los sucesos de su niñez y su juventud. Traza de él una biografía interior de su alma y de sus relaciones con Dios, que hacen verdadero este pacto religioso que se establecerá para toda su vida con Dios y llenó su corazón de una virtud heroica

Lo que él desea por encima de todo es darse por entero y directamente al trabajo por el Reino de Dios. Quiere comunicar a los infieles la profunda convicción religiosa que domina en su alma y que le une a Jesucristo con un lazo indisoluble.

Se entera de que su hermano pequeño, Jean Eyraud, está en China trabajando directamente en la salvación de las almas. Él, por el contrario, está en Copiapó, donde la única cosa que puede hacer es colaborar a la obra misionera de su hermano y de la Iglesia, por medio de sus oraciones y su generosa ayuda financiera. Propone a su hermano ir con él para ayudarlo de alguna manera con su trabajo. Pero los obstáculos insuperables se oponen a su proyecto y no le queda más remedio que el de someterse a la dura y fría realidad, o más bien, a los misteriosos designios de Dios.

El tiempo pasa y Eugenio ya ha llegado a la edad de 35 años. De una manera inesperada, Dios iba a manifestarle la aceptación de ese deseo tan íntimo y tan sincero que tenía de trabajar en las misiones. Fue en un día del año 1855: cuando estaba trabajando en su taller de Copiapó, vio a dos sacerdotes que pasaban por la calle. Alguna cosa, no sé qué indicio [quizás el que fueran hablando en francés], le dijo que esos sacerdotes eran compatriotas y, sin pensarlo más, salió a la calle y en francés les invitó a entrar en su taller... Su presentimiento no le había engañado. Efectivamente, los dos sacerdotes eran franceses y religiosos de la congregación de los Sagrados Corazones. Un instante más tarde, estaban en agradable conversación con su compatriota, Eugenio Eyraud.

En este taller y desde esa hora, comenzaron a realizarse los proyectos largo tiempo acariciados del obrero francés. En efecto, bien pronto él supo que los religiosos de los Sagrados Corazones habían recibido el encargo de la Santa Sede de evangelizar las islas de Oceanía. El lugar y el trabajo apostólico no faltaban para todos los religiosos que lo desearan, y hasta para aquellos que no eran sacerdotes. Eugenio Eyraud empleó poco tiempo en realizar todos los trámites necesarios para entrar en la Congregación de los SS.CC., cuyo noviciado estaba establecido en un convento de Valparaíso. Fue en esa casa donde el hermano Eugenio comenzó su aprendizaje de la vida religiosa, en el año 1856. Pero no pudo terminar su periodo de probación, su noviciado, (que en aquella época duraba 18 meses); una carta de sus hermanos le llamó urgentemente a Francia a la cabecera de su madre gravemente enferma.

Su amor filial, su conciencia y el permiso de sus superiores, le decidieron a embarcarse hacia la patria lejana. Pero allí no tuvo el consuelo de ver a su madre, que ya había dejado esta tierra. Pasó algunos meses en Francia, en compañía de sus hermanos afligidos. Le presionaron para que se quedara definitivamente con ellos, pero fue en vano, no tardó mucho tiempo en realizar la resolución tomada de volver a Valparaíso, para retomar su vida religiosa interrumpida. Retornó por tanto a Chile, para satisfacer lo más pronto posible su deseo insatisfecho de trabajar en las misiones de Oceanía. Eso suponía su vuelta al noviciado, preparándose a lo más principal: Convertirse hasta el fondo en un religioso de los Sagrados Corazones. Pero parece –y no

es mas que una sospecha- que tuvo temor a que se fueran sucediendo los años, sobretodo en él que ya había alcanzado los 35, y el sueño de Pascua fuera diluyéndose. Se necesitaban años para estos viajes, a causa del ritmo tan lento de la vida en aquella época. No obstante el hermano Eugenio no se cansaba de esperar la noticia, la orden de partir para Oceanía, algo muy comprensible. ¿Cuándo se presentaría la ocasión? Sin duda, a pesar de su fe profunda, tuvo que padecer momentos de angustia

Pero fue en el mes de octubre 1862 cuando fondeó en Valparaíso, viniendo de Oceanía, el barco francés, "Cassini". Su comandante, el de la fragata Lejeune, descendió a tierra y fue, como era su costumbre, a visitar a sus compatriotas, los "Padres franceses". Este marino fue el primero que dio informaciones precisas en relación con una isla lejana y desconocida, la isla de Pascua, en la que había hecho escala. Algunas noticias venidas desde Oceanía resonaban con una particular intensidad en el convento de los Padres franceses de Valparaíso. Desde hacía cien años, era la escala misionera obligatoria llegando de Europa. Por allí pasaban todos estos personajes de leyenda, esos temerarios exploradores espirituales, llenos de firme voluntad hacia el peor de los peligros: hacia lo desconocido.

Precisamente en 1862, estaba también de paso en Valparaíso uno de estos extraños aventureros, el Padre Alberto Montiton. Las noticias de la isla de Pascua produjeron sobre su alma los mismos efectos que el toque de trompeta en un soldado veterano. Inmediatamente montó una campaña para obtener un compañero y todo lo necesario para comenzar la evangelización de la isla misteriosa. El hermano novicio, Eugenio Eyraud, sintió que había sonado la hora tanto tiempo esperada. Se presentó a su superior y obtuvo la autorización de acompañar a los Padres Montiton y Rigal, que se preparaban a abrir un nuevo frente misionero. No deja de extrañar la falta de algún detalle mas en una operación como esta, en la que su interrupción en circunstancias como esta de largo plazo desconocido, llevaba consigo la de la supresión del mismo noviciado, a pesar de que este no comporte por sí mismo ligazón alguna canónica con la Congregación. No es un aplazamiento en este caso, es una supresión.

Sin embargo los tres se embarcaron sobre la goleta "Favorita", que levó anclas en Valparaíso hacia Tahiti., a comienzos de abril 1862. Pascua no tenía línea marítima, debido a su falta total de interés viajero o comercial. La ruta era de Valparaíso a Tahiti. Llegaron a esta isla el 11 de mayo siguiente, después de un buen viaje que duró seis semanas. Una vez allí, surgieron dificultades inesperadas. En los últimos meses la situación de los habitantes de Rapa Nui se había tornado trágica: piratas habían secuestrado un buen número de pacíficos habitantes, para enviarlos a trabajar como esclavos en las costas y minas del Perú. Las enérgicas reclamaciones de las autoridades francesas no tuvieron otro resultado efectivo que la vuelta de quince supervivientes. Estos llevaron consigo a la isla, antes tan feliz, el contagio de la viruela, ya que de los más de cien embarcados en Callao, no llegaron a la isla de Pascua más que quince, y aún estos contagiados por la pequeña viruela tuberculosa. Todo hacía pensar que no merecía la pena predicar el Evangelio a

una población tan escasa, en peligro de extinción, a seis mil kilómetros de Tahiti.

Sin embargo, el hermano Eugenio Eyraud pidió y obtuvo la autorización de ir a Rapa Nui para darse cuenta personalmente de la situación real de los habitantes de la isla. Se embarcó en una goleta llamada la "Suerte", que levó anclas en Papeete el 9 de diciembre 1863. ¿A qué precio encendió la goleta sus calderas en ruta a la Isla de Pascua, si otro fin que llegar y volverse? ¿Quién tenía en su banco semejante suma como para pagarse esa aventura? Después de 24 días de navegación, se perfiló sobre el horizonte sur, la silueta característica de la isla de Pascua. Era el 2 de enero 1864. Los que viajaban no tardaron en identificar, sobre la costa norte de la isla, la playa de "Anakena"<sup>1</sup>. Pero el capitán de la goleta no quiso aproximarse a este desembarcadero, tomó la dirección del oeste, después la del sur y se paró a una buena distancia de la costa oeste de la isla, enfrente de la Bahía de "Hanga Roa", porque ya caían las primeras sombras de la noche.

Al día siguiente, domingo 3 de enero 1864, el hermano Eugenio descendió a tierra y se vio rodeado de una multitud de indígenas de aspecto poco atractivo, se veía que ellos estaban más interesados en los bienes del misionero que en su persona. Por disposición del capitán del barco, los bagajes del hermano serían depositados sobre la playa de Anakena. Estos indígenas le prohibían salir de allí en busca de su equipaje. Puna, su amigo, que llegó con él desde Papeete, tenía la familia en Hanga Roa, logró evadirse. Al cabo de un tiempo, no tardó en volver con un grupo de guerreros con lanzas. Así lograron huir corriendo durante mucho tiempo en la oscuridad, a través de las rocas y las altas hierbas. A las once de la noche se encontraban en país amigo. Mujeres les trajeron alimentos a la caverna y reposaron hasta la mañana siguiente en que partieron para Anakena.

Allí estaba el navío en un ir y venir ante la playa, hasta que enfiló a alta mar y desapareció. "Fue un momento de profunda tristeza para mí, escribí... Que se llevase mis cosas, pase; pero la razón de mi hundimiento era verme desprovisto de un catecismo tahitiano para cristianizar a mis canacas, para enseñarles las oraciones y las primeras verdades de nuestra religión. Estaban a bordo del navío y el navío había desaparecido".

La pena y los lamentos del apóstol aclaraban los móviles que le habían traído desde tan lejos. *Pana* acompañado de algunos guerreros traía a su amigo la sorprendente noticia de que todos sus bagajes se encontraba en la bahía Cook de Hanga Roa. Estaban custodiados por los indígenas: "Ya os llevaremos allí, pero es indispensable que mañana vayáis a Hanga Roa". Mientras esperaba, le trajo comida y mantas para la noche.

---

<sup>1</sup> La isla tiene una configuración semejante a un triángulo, con los vértices de la base más alargados. *Anakena* estaría en el N.E, *Hanga Roa* en el O. y *Vahiu* en el S., centrada en la base de playas. Los otros dos lados tienen unos acantilados, en gran parte cortados a pico, que asustan.

En la aurora de ese día del que dependía, quizás, el porvenir cristiano de la Isla, por la mañana, el Hermano inauguró su apostolado: "Me puse a hacer ante la asistencia y con toda la solemnidad posible, la oración en lengua canaca". Al anochecer de ese lunes 4 de enero, supo que sus bagajes habían sido depositados en la playa de Hanga Roa. Era necesario para él, en consecuencia, volver allí, si quería retirar al menos alguna cosa a la codicia de los indígenas. Las gentes de *Panda* le dejaron un manta para la noche. Volvió pues a Hanga Roa al día siguiente y allí, muy cerca de la mar, consiguió construir una modesta cabaña, que le serviría de morada.

Este fue el primer centro y el punto de partida de la Iglesia en Rapa Nui. Su vida y su historia comenzaron el martes 5 de enero 1864. ¡Qué extraña y difícil fue la vida de Eugenio Eyraud entre enero y octubre de 1864!. Los 10 meses de su 'evangelización'.

### Catequesis para niños

No comprendía bien a los indígenas y ellos tampoco le entendían. Estos diez largos meses fueron para él *un ejercicio ininterrumpido de adaptación, de sumisión a los caprichos infantiles de estos indígenas tan retrasados*. Si quería salvar estas almas hundidas en la noche del paganismo, no había para ello otra solución que acercarse a ellos, ponerse a su alcance, "hacerse todo a todos para ganarlos a Cristo". Todo se reducía, a fin de cuentas, a una prueba de resistencia; el apóstol de Cristo hubo de desplegar toda su fuerza de aguante, que llamamos "paciencia"; *fuera de esta vía dolorosa* no existía ninguna otra que le permitiera hacerse escuchar de estos seres humanos tan desconcertantes, tan inconscientes, tan primitivos. Si consiguió levantar su albergue, fue a costa de hacer caso a las órdenes más contradictorias que le daban entre las que había alguna que se parecía a lo que él pensaba que debía hacer. Lo que podía haberse hecho en unas horas, apenas tuvo tiempo de finalizarlo al ponerse el sol.

Este esfuerzo interior sobrehumano no impidió al hermano Eyraud el emprender y proseguir esta actividad particular para la que había llegado: *enseñar los rudimentos de la doctrina cristiana*. Al cabo de un cierto tiempo, algunas palabras, algunas oraciones cristianas comenzaron a gravarse en su alma, las repetían en voz alta y resonaron misteriosas en el aire que jamás las había escuchado.

Sin nada que hacer y aburridos, ya poseen a unos pasos del indispensable baño de mar y un pequeño teatro para sus diversiones. No tienen más que un solo actor pero ya se exigirá de él que pueda interpretar papeles variados y abundantes. No le faltarán alumnos. Orgullosos o ingenuos, desafiantes o simpáticos, desfilarán ante sus ojos. Curiosos por ver y por oír, en ciertos momentos tomará el relevo y serán ellos quienes querrán provocar la admiración. Con este fin se pasearán ante el extranjero con los más sorprendentes 'sombrosos' en la cabeza. Un cubo de agua, un zapato cortado, media calabaza. "Mis canacas se quedaron muy extrañados al no descubrir en mí ningún signo de admiración o de entusiasmo".

¿Podían sospechar que su catequista no se habituará jamás al olor que exhala su cuerpo frotado con un cierto jugo de planta? ¿Adivinarán qué rechazo visceral provocan en el 'extranjero', cuando bajo sus ojos comen "al modo de una gallina, los numerosos insectos parásitos alojados en su tejido de cortezas"?

Dominando estos pequeños inconvenientes del oficio, el apóstol llamaba a la oración: "Katurumai tatou maiterima ote Atua. *Venid a coger la mano de vuestro Dios*".

Cada una de estas invitaciones era acogida con una risotada, porque el extranjero había pronunciado mal. Visiblemente el predicador se descubría balbuciendo. Aprendía enseñando: largo y penoso estudio, lleno de desagradables sorpresas.

De ordinario la fisonomía del auditorio era más apacible. Para ello era suficiente estar a cada instante del día a disposición de estos niños (grandes y pequeños) "Estéis preparados o no, el Señor Profesor o mi Hermano catequista, ahí tenéis a los alumnos. Llamen a la puerta: si salgo inmediatamente, la cosa marcha, comenzará al clase sobre la hierba delante de mi casa. Si tardo un poco, o si quiero que vengan más tarde al creer percibir en mis alumnos mayores ganas de divertirse que de aprender, no perderán la ocasión. Después de haber golpeado la puerta, golpearán a todo el alrededor de la casa, después se sientan a una cierta distancia y se divierten tirando piedras, primero pequeñas, después las más gruesas, para mantener el interés".

Que el catequista esté de buen humor o no, hará bien en aparecer. Salgo por tanto armado con mi catecismo y sentándome en la hierba les digo: "Veamos, acerquemos, vamos a aprender oraciones". – "No, responden, mejor que te acerques tú, ven aquí". Lo más sencillo es ir allí".

Con esta paciencia fue como transcurrieron las jornadas del catequista durante largos meses.

La oración inauguraba cada clase. Recitada por el profesor, el auditorio la repetía palabra por palabra. A continuación llegaban las preguntas y respuestas del catecismo repetidas "con más o menos atención y en un tono más o menos satisfactorio".

Clase distraída y bulliciosa. Mientras que unos alumnos llegan y toman plaza, otros ya aburridos se levantan y se van. Los últimos llegados no tardarán en seguirles. Entonces el espacio queda libre y el profesor puede ocuparse de otra cosa. Que el catequista se encuentre preparado, sin embargo, porque "hay pocas ocupaciones, pocas distracciones, llamarán bien pronto a la puerta del "papa" diciendo: "Enséñanos a orar".

Enséñanos a orar: esta palabra, para quien sabe comprender, significa, es verdad,; diviértenos un poco, abre tu puerta para que podamos ver lo que hay

y podamos coger cualquier chuchería. Pero la palabra era demasiado bella, recordaba muy bien la oración hecha al Señor por los galileos, como para no seducir al misionero.

La enseñanza se extendía, por otra parte, a la lectura, el cálculo, y a veces tomaba un interés inesperado. Cuando el extranjero hablaba de los meses, del amanecer, se acercaban atentos: "todos, hasta los ancianos, venían a coger sitio entre los alumnos".

El mismo interés cuando se trataba de la escritura. "Un día, cuenta el profesor, mientras daba la clase, vi un navío. Esperando que abordara... entré en mi casa para escribir unas líneas. Mis alumnos me examinaban desde lejos. Se imaginaban que estaba dotado de la facultad de hablar con los ausentes y que la estaba practicando. Cuando volví donde ellos, me preguntaron cuál había sido mi conversación con el navío".

El extranjero lo sabía todo, el extranjero lo podía todo y esta confianza absoluta servía a veces para hacer demandas que no estaban en mis manos, al menos en aquellas circunstancias en que los medios no eran proporcionados. Era imposible acceder a sus deseos de tener un barco con que hacerse a la mar. Tuve que intentarlo, uniendo todas las maderas que encontraron, pero al fin del día ni siquiera pudo flotar.

### **También los adultos lo necesitan**

Dejamos el muestrario de las gentes de Hanga Roa, principalmente a los niños, para trasladarnos de lugar y de gentes. En los meses siguientes, la situación personal del hermano Eugenio en Hanga Roa llegó a ser tan difícil, que se vio obligado a cambiarse a Vaihu, en la costa sur de la isla, localidad habitada por indígenas menos hostiles. Llegó allí en tal estado que causaba piedad verle. Para cubrirse no tenía no tenía mas que una vieja manta que había conseguido salvar. Sin embargo ni el hambre ni la miseria consiguieron paralizar su actividad apostólica. En Vaihu, su nuevo campo de acción, volvió a retomar sus clases de catecismo, con todo cuanto suponía de ligereza y libertad de estos empedernidos amantes de la espontaneidad.

Pero también van a aparecer a su costado los mayores, y entre ellos, un "genio del mal", un tal *Torometi*. Cercado por las aguas y los hombres, el apóstol no tenía otra finalidad: vivir el tiempo suficiente para lograr amansar a estos felinos gráciles y cautelosos. Pero cuando su curiosidad se hubiera divertido, ¿no pasarán a juegos sangrantes?

Al llegar la noche del primer día, el misionero había inspirado bastante simpatía, como para merecer un presente de hospitalidad. *Tamamu*, jefe de la bahía vecina, avanzó con tres gallinas en las manos y se las ofreció al "papa". Entonces apareció un individuo de unos treinta años, de talla alta, "falso y violento". Exigía las gallinas, simplemente, decía, para aliviar al extranjero". El Hermano remarca la importancia del encuentro: "Mi genio maligno acababa de aparecérseme en la persona de Torometi".

Visiblemente este hombre era jefe al modo de los "rapa nui" decadentes: alguien que había sabido imponerse por la fuerza o la astucia. La población se encontraba así dividida en dos partes: de una Torometi y los suyos, protectores asignados del extranjero; del otro un cierto Roma y su compañía. Extraño protector este Torometi. "Llegada la noche, cuenta el Hermano, me dijo que abriera la puerta, se extendió sobre mis baúles sin más ceremonias y me invitó a dormir. Acababa de tomar posesión de mi albergue... Torometi me miraba como posesión suya, a mí y a mis cosas. Considerado así, me proporcionará cada día mi ración de patatas cocidas".

Desde el día siguiente, las pretensiones del amo no hicieron más que ir a más. "Tuve que abrir todos los baúles en su presencia, mostrarle todas mis cosas y explicarle su uso. Vio una hacha pequeña; inmediatamente se apoderó de ella... yo resistía cuanto podía sin conseguir que dejara lo que había cogido... Fue necesario resignarme". Como consolación, el ladrón había dicho: "Por otro lado, te la prestaré".

Torometi ya no se separó de esta arma y se serviría de ella para obligar al misionero al abandono sucesivo de todo cuanto deseaba.

Infatuado como todos sus congéneres, en realzar las ventajas de su persona. La campana grande había en un comienzo tentado su vanidad. A falta de ella, desde el primer día se había adjudicado una campanilla cuyo sonido "le valió después el aplauso universal y regocijó todos los ecos de la isla". Estos primeros éxitos no podían más que aumentar sus apetitos y multiplicar las visitas. "Si cerraba la puerta a este pedigüeño inoportuno, decía el misionero, iba a sentarse a cincuenta pasos de mi casa y enseguida su mujer, sus vecinos, los que pasaban, se unían a él; comenzaba una horrorosa cencerrada. Arrojando las piedras, me hacía ver que era más ventajoso para mí abandonar el objeto envidiado por Torometi que dejar hundirse mi cabaña o esperar que se la incendiara".

Cuando el Hermano pensó haber conseguido el derecho de ciudadanía, proyectó hacer la visita a las diferentes bahías. Eran muy raros los pascuanos que, un día u otro, no habían estado sentados entre mis alumnos, sobre la hierba, al borde de las olas. El misionero iría pues a proseguir en los poblados, para los niños o adultos, la obra ya comenzada. Con la finalidad de preparar los caminos, se ofrecieron a todos los jefes algunos presentes.

El ensayo pareció adecuado y feliz, las buenas disposiciones de los nuevos catequizados alegraban el corazón de apóstol, cuando un buen día, le anuncian que su casa está sometida al pillaje. "Parto para Hanga Roa, acompañado de un grupo de canacas, escribe. Al verme, Torometi afectó la mayor sorpresa. Decía que era incapaz de haberme hecho el menor perjuicio. El postigo de la ventana que ha sido forzado, los objetos que han desaparecido en gran número del interior... ha sido, según él, el viento la causa de todo ello". El pequeño espacio de tierra contiguo a la cabaña, donde el Hermano había intentado sus ensayos de cultivo colonial, tampoco había sido respetado.

Los productos crecidos habían desaparecido bajo las pisadas de los vagabundos. En cuanto a las plantas, desde hacía tiempo, el inefable Torometi se las había apropiado mucho antes y las había dejado secar antes de volver a ponerlas en tierra.

Razones análogas habían hecho fracasar un proyecto meditado desde hacía tiempo. El catecismo se daba a cielo abierto, pero se acercaba la estación de las lluvias. A toda prisa, era necesario prever una capilla en que el auditorio se encontrara al abrigo, al mismo tiempo que más compacto y menos distraído.

Los únicos materiales disponibles estaban al alcance de la mano, la tierra arcillosa empapada de agua del mar. Mezclada de hierba y secada, formaría 'ladrillos' bastante sólidos para la construcción proyectada: ocho metros de largo por cuatro de ancho.

Pero la hierba cortada y puesta al sol desaparecía el mismo día, Torometi creía bueno y cómodo "emplearla en el servicio de la cocina". El constructor tuvo entonces la idea de interesar al jefe en la construcción, pero Torometi declaró que no quería "una iglesia de barro". Después de tres meses de trabajos hechos en los momentos libres, los muros de la capilla no había sobrepasado un metro treinta.

La atención iba a trasladarse a otro punto de la isla, porque con agosto llegaba la primavera. Durante los meses de invierno, grandes casas habían abrigado a los sin trabajo y, a lo largo del día, se habían cantado las mismas cosas con las mismas palabras. Los cinco corderos del Hermano atrapados en las altas hierbas, después asados y comidos, habían sido cantados, como la pequeña viruela o todo otro acontecimiento por poco sensacional que fuera.

Al volver la bella estación, comenzaba en Rano-Kao el acecho al pájaro manutara. Los adversarios de Torometi preparaban en Mataveri todos los detalles de sus venganzas. Ya reinaba la agitación en el que el Hermano llamaba el 'Campo de Marte'. "Sintiéndose detestado, Torometi tenía los ojos fijos sobre este punto, era de allí de donde iba a partir el golpe que temía".

Se trataba de huir o de esconderse. Huir, suponía llevar con el botín al mismo extranjero. El Hermano rehusó claramente seguir al proscrito, pero Torometi, su hermano, su mujer reforzados por los vecinos, se apoderaron de él, cogieron sus llaves y a sus anchas robaron la casa

"Nada semejante me había aún sucedido, constata el Hermano, Torometi sin duda había empleado las amenazas, el escándalo, pero jamás se había comportado con violencia. La última barrera acababa de caer".

Para evitar mayores males, no le quedaba al misionero mas que un medio: dejar el "Cerbère" en la primera ocasión. Canacas de la bahía de Hanga-Roa se encontraban allí, dispuestos a acoger y prestos a transportar su pequeño bagaje. Se escapó con ellos.

Torometi no había dejado de marcar la dirección a tomar por los fugitivos. Apenas el Hermano había tenido tiempo de descansar cuando el jefe se presentó acompañado de gente decidida. "Hubo todavía una larga y penosa discusión. Al fin me dieron vuelta, me tomaron unos por los brazos, otros por los pies... y se pusieron en camino. Tuvieron la paciencia de llevarme así una media legua. Los porteadores no tenían el paso suave. Me encontraba medio descuartizado... Les anuncié que quería ahorrarles la pena de llevarme más lejos. Me dejaron en tierra. Acabé el viaje a pie en su compañía".

Este acontecimiento no podía alejar el "castigo ejemplar" reservado a Torometi. Una mañana llegó "Tamakea" seguido de una muchedumbre de gente que se reunieron ante su casa. "Todo el mundo hablaba a la vez, la discusión se calentaba... era fácil prever que aquello terminaría mal". Torometi salido de su cabaña plantaba cara a la multitud. Algunos hombres entre los más audaces avanzaron enseguida hasta la cabaña del jefe, arrancaron la paja e intentaron derribarla. Salió una gran llama; al activar el viento el incendio, en algunos minutos no quedó nada de aquella morada.

En la borrachera de la victoria, ¿los incendiarios pegarían fuego a la casa del extranjero, amigo del jefe?

Sentado a alguna distancia, el Hermano esperaba el desenlace. Sea por simpatía, sea por interés, algunos guerreros "armados de lanzas" se pusieron a montar guardia alrededor de ella.

No obstante los espíritus permanecían sobreexcitados. Torometi comprendió que era necesario alejarse cuanto antes. Exigió al extranjero que le siguiera. Sus adversarios pretendían guardarle. El momento era crítico. Seguir a Torometi equivalía a compartir su desgracia; rehusar, era aceptar lo desconocido, más temible todavía.

"Me decidí a seguirlo, dice el Hermano. Nos dirigimos hacia Mataveri. La muchedumbre compacta y agitada nos acompañaba... Yo estaba en medio de este barullo, apretado por todas partes. Había llegado mi turno. De repente siento que me quitan el sombrero. En el mismo instante dos o tres brazos vigorosos me arrancan mi abrigo, mis sandalias y les hacen jirones... Me encontraba vestido casi como mis vecinos"... Lo que no dice el caritativo apóstol es que una piedra lanzada con fuerza le alcanzó brutalmente. En lugar de parar los furores, el golpe provocó las burlas de la gente.

Desde generaciones, los mayores crímenes o fechorías se perpetraban en estos lugares. El misionero se podía preparar para cualquier cosa. ¿Iban los salvajes a desembarazarse de él, no dejando para quienes vinieran por informaciones mas que lo vestigios fugaces de un extranjero misteriosamente desaparecido?

\* \* \* \* \*

## Velero en el horizonte

Los saqueadores se habían repartido los despojos del misionero; uno llevaba su sombrero, otro se había endosado su abrigo en jirones; hasta se buscaba en formar parte de la toilette con libros de catecismo!

Satisfechos de la suerte, los ladrones perdonaron la vida al extranjero y a su protector Torometi. Cayendo ya la noche, después de una última discusión respecto a una cabaña que se quería incendiar, la muchedumbre se dispersó. Con los pies desnudos sobre las rocas cortantes, tropezando en la oscuridad, hiriéndose a cada paso, el Hermano tuvo que emprender el camino de Hanga-Roa. Torometi también lo quería. Antes de refugiarse entre las tribus menos hostiles, el jefe se apropió de los últimos objetos dejados en la cabaña. A pesar del visible cuidado de atenuar en sus palabras sus sufrimientos, el misionero confiesa: "Fue seguramente el peor momento de la jornada...", después complaciente a medias, el misionero confiesa: "... feliz de poder calzarme un par de sandalias y revestido a la romana en una vieja manta", huyendo hacia Hanga Roa hasta Vaihu, "a tres leguas más lejos...".

¿Quién habría reconocido al Hermano Eyraud con su barba hirsuta y su inconcebible vestimenta?

Incansable en el servicio de las almas, tomando estos acontecimientos como un simple contratiempo ocho días más tarde, ya había reunido algunos niños a su alrededor en la caverna de "Anaocahi" para seguir con las lecciones de catecismo. En el curso de una de ellas, los alumnos, uno después de otro, se pusieron a mirar hacia el mar, todos como hipnotizados, y al final se pusieron a gritar: "Un barco, un barco".

Había llegado la liberación, también para el pasaje. Cuarenta y siete días antes, en efecto, la goleta "Teresa Ramos" había dejado Valparaíso con el P. Bernabé Castán, 62 años evangelizando varios archipiélagos, entre ellos Hawaii, sin jamás haber vuelto a Francia, murió en Tahiti el 31 Julio de 1902 con 94 años. Le acompañaba el H. Hugues Delpech, muerto en Santiago en 1881. Una tormenta terrible les mantuvo veinticuatro días a la ventura. El capitán enfermó. Tenían los ojos enfermos de tanto mirar el horizonte.

Establecido el 9 de octubre, el domingo siguiente, previno a la tripulación y a los misioneros que "mañana mediodía tomaría su última altura y que si la isla no aparecía, volvería a Valparaíso. El P. Bernabé que dio estas informaciones en una carta al Sup. General, estaba lleno de inquietudes. "Me puse a rezar, dice, y a hacer a Dios el sacrificio de mi vida".

Pero al día siguiente, 10 de octubre, a las once de la mañana, todo cambió. El capitán que había subido a la arboladura con un potente prismático, descendió todo alegre: esta vez ha visto tierra y el navío tenía el viento a su espalda. No tardaron en ver la isla de Pascua con sus montes y sus espantosos acantilados.. De bien lejos se ve a la mar elevarse como humo a una altura prodigiosa.

En su refugio de exiliado, el Hermano Eyraud seguía con sus ojos esa vela todavía lejana. Al verle pasar al sur, dice, pensé que sería de ella como de los otros cuatro o cinco navíos que habían aparecido durante los nueve meses. Llegó la noche, perdí de vista la goleta y me acosté sin pensar más en ello". Al día siguiente, antes de las ocho, toda la isla estaba emocionada. El velero había dado la vuelta a Rano Kao, seguir la línea oeste y bordear ante Hanga Roa.

Un niño enviado por Torometi, corrió hasta Vahiu, para advertir al "papa". Tan rápidamente como pudo, aún en ayunas las cuatro leguas que le separaban de la bahía. Cuando llegó era casi mediodía

El navío intentaba aproximarse, pero era una larga maniobra, porque el viento soplaba hacia el mar. ¿Quién era este barco? ¿Venía de Callao? Tan solo este nombre hacía temblar de miedo a la población inquieta. Los colores de la bandera francesa subían a menudo a la flecha del trinquete. Para este francés perdido a dieciséis mil kilómetros de su patria fue una emoción intensa. En un solo momento calmó a los insulares. Sobre la playa una bandera blanca respondió a la llama tricolor y los salvajes se entregaron a la alegría de un espectáculo tan raro. Los más audaces corrieron a las fallas ganando los lugares más altos, dominando la forma blanca del velero, gritaban: "Kolomai...Kolomai...! Ven, ven!" Los gestos de acogida contrastaban demasiado con la rareza de las vestimentas y el abigarramiento de las figuras como para tranquilizar al equipaje. Pero desde el puente del navío el P. Bernabé agita su pañuelo y dice a su vez: "Kolomai, Kolomai!...Ven, ven!"

Fue entonces cuando una cascada de cuerpos se echan a las olas y de inmediato se forma alrededor de todo el barco un hormiguero de cabezas y de brazos. Antes de que la goleta se mueva, los canacas ya estaban a bordo. Una mujer llega la primera. Jamás ha visto a un sacerdote, pero se dirige primero al P. Bernabé. A modo de saludo, "hace la señal de la cruz, recita el Padre nuestro, el Ave María, el Credo". Los indígenas que llegan después muestran el mismo apresuramiento para recitar las oraciones.

El misionero pregunta entonces:

- "¿Quién os ha enseñado palabras tan bellas y tan buenas?"
- El "papa", el "papa" (extranjero) responden ellos a una sola voz.
- "¿Y dónde está ese "papa"

Todas las manos señalan la pequeña casa de planchas construida al borde de las olas.

Esta cabaña había ya llamado la atención del barco y decidió al equipaje intentar el descenso. ¿Pero era realmente la morada del Hermano Eyraud? Para asegurarse, el P. Bernabé y el hermano Hugues descendieron a la chalupa y se dirigieron a la playa.

Esta navecilla que se deslizaba sobre las olas, estaba al alcance de la mano, el sueño de todos estos vagabundos de la mar. Locamente divertidos, por una

chalupa tan inesperada, los nadadores se precipitaron en la embarcación dando gritos.

Durante un largo tiempo la chalupa se encontró en peligro de volcar o de rasgarse en los arrecifes. Fatigados, por fin, de la compañía de los extranjeros, los salvajes se retiraron, llevándose todo cuanto podía convenirles. Sobre la orilla, la muchedumbre abigarrada estaba siguiendo en silencio los movimientos de la chalupa. En medio de los guerreros armados, era fácil darse cuenta de la presencia de un blanco cuya vestimenta era tan extraña como la de los isleños. "Veo bien que hay un europeo, dijo el H. Hugues, pero ese no es el Hermano Eyraud". Con un gesto, el P. Bernabé había pedido ayuda a los indígenas para desembarcar. Torometi tomó al blanco sobre sus espaldas y le llevó hasta la chalupa en la que el H. Eyraud cayó entre los brazos de sus compañeros.

Miedosos, temiendo cualquier nueva locura, sin orden ni señal, los marinos remaron de inmediato hacia la goleta. Poco después el misionero estaba a bordo.

Se apresuraron a darle vestidos y alimento. Después, el heroico robinsón contó a sus compañeros un resumen de su apostolado de los diez meses entre los salvajes.

Su intención no era renunciar a él, por peligroso que pudiera ser. Estaba claro, sin embargo, que, para asegurar el éxito, importaba mucho volver a tomarlo en condiciones nuevas.

Despojado de todo, en el límite de sus fuerzas, ¿qué obra durable podía realizar? Volver de nuevo a la orilla, era, por otro lado, "exponer por segunda vez la chalupa a ser robada o rota por los canacas". El capitán se negaba a correr esta segunda aventura.

El Padre Bernabé no tuvo mayor dificultad para persuadir al Hermano Eyraud que, por el interés de la misma misión, se imponía su retorno a Valparaíso. Mejor que nadie, él podría entregarse a los preparativos de una nueva expedición.

Cuando la noticia de la partida del extranjero llegó a tierra, un sombrío silencio fue cayendo entre los grupos. Esta sorpresa era una decepción o un pesar, es difícil decirlo, pero en unos pocos momentos la playa se quedó desierta.

Eran las 3 h. de la tarde, del martes 11 de octubre de 1864. Una hora más tarde, la goleta levó el ancla hacia Chile y desapareció.

Así se alejó el primer misionero de Rapa Nui. Llegó a la vista de aquellas costas el 30 de ese mismo mes, después de haber recorrido la distancia de 3.600 kilómetros en 19 días solamente.

\* \* \* \* \*

## DE MISIONERO LAICO SOLITARIO A MISIONERO RELIGIOSO DE LA CONGREGACIÓN

En noviembre de ese año 1864, el hermano novicio Eugenio Eyraud, estaba de nuevo en el convento de la Padres franceses de Valparaíso, pero sus pensamientos y su corazón permanecían en Rapa Nui, de manera que consideró su estancia en Chile como transitoria, una preparación para retornar en mejores condiciones y llevar a buen término la obra comenzada con tanto amor y sacrificio.

Los primeros meses de 1865, el hermano Eugenio los empleó en un asunto de primera importancia para su vida religiosa. Debía de completar los 18 meses de noviciado interrumpido, para poder hacer profesión como religioso de la Congregación de los SS.CC. Realizó este acto el sábado 6 de marzo 1865, día en que Eugenio Eyraud consagró su vida a Dios por la profesión religiosa en la Congregación de los Sagrados Corazones "al servicio de los cuales quiero vivir y morir".

El día siguiente, se embarcó en Valparaíso para Tahiti, donde debía encontrar al P. Hipólito Roussel, su compañero en la misión. A comienzos de 1866, los dos misioneros ya estaban en las islas Gambier, donde tomaron con ellos a tres cristianos originarios de esas islas. Los cinco se embarcaron en la goleta de la Misión, que llevaba en sus flancos su nombre de "*Nuestra Señora de la Paz*", se dirigieron hacia Rapa Nui, y echaron el ancla en la bahía de Hanga Roa, el viernes 23 de Marzo 1866.

Los habitantes de la isla no habían aún perdido su costumbre de apoderarse de los bienes ajenos; pero ahora estaba en medio de ellos un veterano misionero, el P. Hipólito Roussel, que con su presencia de espíritu, su ascendiente y su dominio del idioma rapanui, se impuso a los indígenas e impidió el pillaje al que se preparaban.

Al anochecer de ese día, los objetos más preciosos estaban en lugar seguro y cinco días más tarde, el 28 de marzo, a su partida para Hanga Roa, la goleta "*Nuestra Señora de la Paz*", dejaba a los cinco misioneros. Se instalaron en dos cabañas levantadas por el hermano Eugenio; estaban hechas de chapas de cinc, y a prueba, por consiguiente, de cualquier tentativa de incendio. Frustrados en sus esperanzas de hurto, la población de la isla esperó resarcirse, la asedió día y noche durante meses, con una lluvia de piedras, rodeando las dos cabañas de ruido y de gritos. Pero la paciencia y la resistencia de los misioneros terminó por cansar y descorazonar la codicia de los sitiadores.

Así el P. Roussel pudo visitar a los enfermos y bautizar a los moribundos. El hermano Eugenio logró también levantar tres construcciones más, de las que una sirvió de capilla; resolvió igualmente el problema del agua potable cavando un pozo. En cuanto al grave problema de los desórdenes y las riñas

que se producían todos los años con la llegada de la primavera, el P. Roussell pudo más, gracias a su oportuna intervención entre las bandas rivales. Poco a poco, en la vida de la isla de Pascua, intervino una nueva fuerza hasta entonces desconocida; ante ella el paganismo empezó a ceder y a retirarse lentamente. Poco a poco también, una nueva corriente espiritual llevó a muchos kanakas hacia la capilla católica. Todos los días se daba en ella la instrucción cristiana, presentada en una forma atrayente, porque era cortada siempre por el canto de himnos sagrados, muy bellos, en lenguas tahitiana, francesa y latina.

Hasta entonces no se había administrado el bautismo más que a los moribundos. En el mes de octubre de este año 1866, llegó a la bahía de Hanga Roa, viniendo de Valparaíso, el "Tampico", velero de tres mástiles, con dos misioneros: el P. Gaspard Zumbhon y el hermano Teódulo Escolan. Su llegada significaba un refuerzo precioso y decisivo para la implantación del Reino de Cristo en Rapa Nui, esta isla olvidada, que dos años antes jamás había escuchado el anuncio de mensaje evangélico de la salvación. Todo el año de 1867 fue para los muy numerosos neófitos un año de probación, año de manifestación y de puesta en práctica de sus convicciones cristianas, adquiridas con tanto interés y ardor.

El 14 de febrero de 1868, el viernes de septuagésima, se procedió a la *primera* ceremonia solemne del bautismo colectivo: 380 catecúmenos recibieron, llenos de fe y de emoción, el agua del bautismo. Esta fue la primera serie de bautismos colectivos que hicieron entrar a los habitantes de la isla de Pascua, en la Iglesia de Cristo.

La *segunda* de las ceremonias tuvo lugar el sábado santo, 11 de abril de ese mismo año 1868. La *tercera*, la víspera de Pentecostés, el sábado 30 de mayo. La *cuarta y la quinta*, el miércoles 17 y el jueves 18 de Junio; fueron la preparación y las primeras vísperas de la fiesta del Sagrado Corazón, que caía aquel año el viernes 19 de junio.

No quedaban mas que algunos centenares de infieles que deseaban ardientemente tener parte en la felicidad de sus compatriotas. Con el fin de que esta ceremonia final dejara en las almas de todos el más agradable y durable de los recuerdos, los Padres Hipólito y Gaspar escogieron, como el día más indicado, el de la vigilia de la Asunción de la Virgen, el viernes 14 de agosto 1868.

\* \* \* \* \*

## PREPARACIÓN A SU ASUNCIÓN

Todos, sin excepción, se prepararon para este gran día; pero uno solo se preparaba a ella de un modo diferente, silencioso, misterioso: el Hermano Eugenio Eyraud. Desde hacía un año y medio. Lentamente pero con insistencia inagotable, la tuberculosis le consumía. El domingo 2 de agosto,

hizo un día espléndido. Esto le inspiró al hermano Eyraud para invitar al P. Gaspar a un corto paseo, el último, hasta la playa vecina, bien conocida. Allí, al lado del mar, los dos religiosos se sentaron y fue el momento de las grandes confidencias. El hermano Eugenio repasó su existencia inexplicable, desde su dramático desembarco, hacía cuatro años, sobre esta misma playa, para remontar después, siguiendo los recuerdos, hasta los días luminosos de su infancia, en su dulce e inolvidable Francia. La última frase de esta última conversación fraternal fue un adiós a esta playa y al mundo: "no, ya no volveré más a ver esta playa".

El miércoles 12 de agosto, tuvo que guardar cama, sin poder ya levantarse más. Cuando el P. Gaspar volvió donde él, después de la gran ceremonia bautismal del viernes 14 de agosto y le comunicó que no quedaban más que siete indígenas que no podían haber venido a la ceremonia, el enfermo pudo decir con una débil voz: "Se ha realizado el deseo de mi vida; ahora, sí, puedo morir en paz".

Se pensaba que al día siguiente, sábado 15, se le podría transportar hasta la capilla sobre una silla para tomar parte en la Misa solemne de la Asunción de María. Pero a las siete horas de la tarde de este viernes, el Hermano Teódulo llegó a la capilla en que el P. Gaspard administraba el bautismo a los últimos neófitos para decirle que el hermano Eugenio había perdido el uso de la palabra. Sin embargo reconoció al Padre que llegó a su lado y recibió los últimos sacramentos con pleno conocimiento. Durante la noche cayó en un estado de delirio que se prolongó durante cuatro días. El martes 18, tuvo un momento de lucidez que aprovecho para preguntar. "¿Han sido bautizados todos?" Ante la respuesta afirmativa, un nuevo resplandor de alegría iluminó su rostro extenuado de apóstol cuya vida se extinguía.

Al día siguiente, el miércoles 19 de agosto, a las 11 horas de la noche, el fundador de la misión de Rapa Nui entregaba su alma a Dios. Fue así, como se finalizó la romancesca y santa vida del Hermano Eugenio Eyraud, religioso de los Sagrados Corazones, en aquella parcela de tierra perdida en medio del inmenso Océano Pacífico.

Han transcurrido pacientemente los años desde la fecha de su muerte, acaecida el 19 de agosto 1868, pero su recuerdo permanece vivo, especialmente en la isla de Pascua. Entre sus monumentos y sus misterios se encuentra la tumba de Eugenio Eyraud que guarda el mayor de los misterios: el misterio insondable de la vida y de la obra de cristiano, de discípulo fiel de Jesucristo.

Annales, 1968, pp. 253-262

Hemos leído esta breve biografía del Hermano Eugenio Eyraud transcrita del original francés que fue publicada en Annales ss.cc. 1968, *el último número de Annales que se publicó*, [también es coincidencia] sin que este trabajo llevara firma alguna. Se publicó en el apartado de *Studia* que contiene 22

aportaciones de lo más diversas, ésta entre ellas. Resulta extraño esta falta de firma, ya que la tienen todos los otros artículos, todos bien interesantes.

Hay algo que llama la atención y es el de encontrarnos ante un texto de una cuidada redacción, pero un tanto deslavado. Quizás se deba a que prescinde de la narración de los 10 meses que duró su primera estancia entre los nativos de Rapa Nui (cuestión de espacio?) cuando si algo particulariza, sobretodo, la vida del Hermano Eyraud, es el haberse atrevido a encerrarse a cuerpo descubierto en una jaula de fieras.. Durante su primera parte de la estancia de 10 meses en Rapa Nui, loco misionero solitario, es seguro que no fue un iluso y que conocía, aunque fuera sucintamente, algo de lo que podía sucederle entre aquellas gentes. Sabía lo suficiente de cuanto les había acontecido a nuestros misioneros en el resto de las islas de la Polinesia. Las islas Gambier y las Tuamotu, sobretodo, eran territorios de caníbales más peligrosos. Solo la prestancia de la figura del misionero que aureolaba una valentía como para asombrarlos, así y todo, salvaron los primeros momentos de contacto, los más comprometidos. Además el hermano Eyraud se presentaba solo, la goleta que lo traía había virado hacia el oeste, de donde venía, surcando las aguas hacia Tahiti.

¿Quién era este singular aventurero (!) que se quedaba solo con ellos? ¿Le abandonaban los suyos? Nada sabía de lo que experimentó de inmediato y es que se trataba de hombres que enloquecían por robar lo que llevaba en sus cajas y en su propia persona. Además existían facciones entre ellos y el amigo de unos se convertía de inmediato en enemigo de los otros. ¿Qué podía hacer desconociendo su lengua? Traía algunos libros de oraciones y catequesis en la lengua tahitiana. No era la rapanui, pero su semejanza le podía dar esperanzas. ¿Cómo construir su casa, para guarecerse él y guardar sus cosas de la rapiña? ¿La colocaba del lado de esa playa o había otro más seguro, fiándose más de los otros? ¿Podría ser libre si algún jefecillo le tomaba como cosa suya, un auténtico rehén, pues alguien le tenía que defender contra los demás, claro que perteneciéndole a él? No son estas cosas de imaginación, son parte de la épica que le esperaba y se realizó en sus diez meses de permanencia.

El P. Roussell que, al cabo de los diez meses, llegó por ver si aún vivía, no lo reconoció hasta que estuvo a la distancia de darle un abrazo, pues apenas se distinguía de los *rapanuis* que le ayudaban a andar, con la misma apariencia que otro más de ellos hasta en la de su relativa desnudez. Solo la roca de su fe evangelizadora y la esperanza de que Dios debería estar presente en algún rincón de sus vidas, pudieron mantenerle tan fuerte y tan débil en medio de tales aventuras y desventuras. En realidad, el H. Eyraud, fue buscando a Dios, por ver si lograba encontrarle presente en aquellos desgraciados nativos, por ser la isla de Pascua el basurero del sur del Pacífico.

Contemporáneo del Padre Damián, parece como si fuera de algún modo la moneda de cara y cruz que acuñaba con Damián y dan el valor que hay que pagar por "las almas compradas al precio de la sangre de Cristo" (P. Damián). Evangelizando cada día, sentado a la puerta de su casa o donde le señalaran

caprichosamente, con su libro de oraciones y misterios cristianos, mientras cualquiera llegaba o se iba, niño o mayor, sentados en el suelo entre arenoso y pedregoso. Él sembraba, cayendo su semilla en el camino, o entre las piedras o matorrales, también donde crecía la hierba de los corderos. Todo consistía en memorizar lo que oían, sin prestar cuidado alguno en el valor o la diferencia de los contenidos. La catequesis era en general saber, saber repetir no comprender. En la Polinesia o en Hawaii. Participar en la misa era repetir en voz alta lo que el sacerdote decía en el altar. Cuando el P. Roussel llegó en rescate, la multitud le rodeaba gritándole las oraciones del Padre nuestro o del Ave María:

- Y eso ¿quién os lo ha enseñado? - Nuestro *homele*.

El P. Roussel tardó en reconocer al que llegaba casi arrastrado sobre la arena de la playa en medio del grupo, antes de darle emocionado un fuerte abrazo. Todo esto plantea cuestiones que nadie ha hecho ni nadie ha respondido. En 1888 la Sociedad de Naciones pidió a Chile que se hiciera cargo del protectorado de este territorio (a 4.000 Kms.) como así lo hizo. Chile ejerció su autoridad enviando a un negociante que empleó la isla para explotarla con sus rebaños de corderos y cuya autoridad protegió nombrándole Gobernador de la isla. Más tarde y a petición del Vicario Apostólico de Tahiti (a 6.000 Kms), un breve de Su Santidad Benedicto XV incardinó el territorio a la diócesis de Santiago de Chile.

## EUGENIO EYRAUD, UN SENCILLO CRISTIANO

### No hubiera hecho lo que hizo, si no hubiera sido lo que fue

Annales 1879. Pgs. 83 y 660  
Annales 1880. Índice pg. 823, texto 804 sgts.

La revista misional francesa "*Les Missions Catholiques*" a la que ya estaba suscrito el P. Damián y que tanto le gustaba, publicó una serie de cartas del P. Gaspard Roussel, ss.cc., en las que este misionero relata la muerte edificante de su excelente hermano religioso, el Hermano Eugenio Eyraud, a quien llama *el verdadero fundador de la misión de la isla de Pascua*.

Con motivo de esa publicación, uno de los Padres recibió una carta en la que informaba sobre los primeros años de su vida en un relato muy interesante sobretodo de la juventud del buen Hermano Eugenio y los años que precedieron a su entrada en la Congregación de los Sagrados Corazones. Este documento, debido a la pluma del Sr. abbé Jean Eyraud, sacerdote de la Sociedad de Misiones Extranjeras y hermano menor del H. Eugenio completará lo que se ha escrito en nuestros *Annales*, en el citado lugar.

Pero antes de reproducir este relato, queremos transcribir la carta de envío que lo acompaña, Los sentimientos que expresa, los hechos que menciona, no pueden dejar de interesarnos y edificarnos

Carta del Sr. abbé Jean Eyraud, de la Sociedad de Misiones Extranjeras, misionero en Sutcuén oriental, al P. Marcelino Bousquet, sacerdote de la congregación de los Sagrados Corazones<sup>1</sup>

Ciudad de Pen-Choui  
25 de junio de 1896

Estimado sacerdote:

Mi querida hermana Julie Rambaud, nacida Eyraud, me ha enviado una copia de la carta que habéis tenido la amabilidad de escribir, sobre los últimos momentos de nuestro querido hermano Eugène Eyraud. Le agradezco, señor, la delicada atención que habéis demostrado en consolar a una familia en su dolor por la pérdida de tal hermano. Damos gracias al Autor de todo bien que ha querido coronar esta virtuosa vida con una santa muerte!

En vuestra carta habéis expresado el deseo de tener algunos detalles sobre la infancia y la juventud de nuestro común hermano; y mi hermana, que conoce bien la intimidad que nos unía, a Eugène y a mí, me ha pedido que sea yo quien lo haga. No podía negarme a este deber, tanto por los lazos de la sangre, como por los numerosos bienes que he recibido de él. Solamente me apena que este pequeño trabajo no haya podido realizarse de una manera más digna. Pero en las circunstancias en que me encuentro, he que reconocer que tengo el espíritu poco dispuesto para escribir.

Efectivamente, una furiosa persecución, de tal magnitud como no ha habido jamás en China, ha dispersado a mi rebaño. Solo en mi distrito, en el espacio de cinco meses, ha habido diez víctimas; ciento cincuenta casas han sido incendiadas y algunos otros centenares han sido saqueadas. En el distrito vecino, mi compañero, Sacerdote Rigaud, ha sido asesinado por odio a la religión, y sus neófitos han tenido que sufrir más aún que los míos.

Ahora hemos puesto de nuevo manos a la obra, para intentar reparar tantas ruinas. Pero es tal la malicia de nuestros enemigos que, si Dios no nos protege de una manera especial, será quizás barrida la religión en toda la misión. Tenga la bondad de rezar mucho y hacer rezar por mí y por mis pobres cristianos tan cruelmente perseguidos. Tengo algunos derechos a las oraciones de la sociedad de los Sagrados Corazones, por causa de mi buen hermano Eugenio, que nos unirá en adelante en un mismo afecto. Espero, por tanto, que tenga a bien agregarme *en espíritu* a vuestra querida sociedad,

---

<sup>1</sup> El autor de esta carta murió en Chang-Hay, en una casa de la Sociedad de Misiones Extranjeras (el 4 de junio 1874). - Aquel a quien se la dirigió, sería después uno de los 4 religiosos de los Sagrados Corazones, víctimas de la Commune de París, en la masacre de la calle Haxo, el 26 de Mayo de 1871. Coronados con espinas de 'mártires' por el mártir de la Cruz, arrancados a la vida por una loca fusilería.

Tengo el honor de ser, Señor y muy querido hermano, Vuestro humilde servidor en Nuestro Señor

**EYRAUD, Jean**

Sacerdote misionero de la Sociedad de Misiones Extranjeras.

Notas biográficas sobre el buen **Hermano Eyraud, Eugène-Joseph**, de la sociedad de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, primer misionero de la isla de Pascua, muerto en agosto de 1868.

Nuestro buen padre Eyraud Charles y nuestra buena madre Magdeleine Gauthier eran honestos labradores y buenos cristianos del ayuntamiento de Saint-Bonnet, en el departamento de los Altos Pirineos, (barrio de Gap); tenían a gloria pertenecer a la asociación del santísimo Sacramento, llamada de los Penitentes; y cada año, en las principales fiestas, se aproximaban a los sacramentos. En el aspecto temporal, no estaban precisamente ni en la abundancia ni en la pobreza: el cultivo de sus campos les bastaba para cuidar de la familia; por otra parte, se preocupaban mucho más de dar a sus hijos una fe sincera y buenas costumbres que a amasarles una fortuna cualquiera. Gentes del antiguo régimen, les gustaba repetirnos este principio de otro tiempo: "Una buena vida vale más que las riquezas". A menudo, cuando yo preguntaba a mi buena madre por la hora, recibía esta respuesta: "Es la hora de hacer el bien, hijo mío".

Eugène fue el séptimo y el penúltimo de sus hijos; nació en Saint-Bonnet el 5 de febrero de 1820. No fui testigo de su primera infancia; pero más de una vez, he oído decir a mi buena madre que Eugène no era travieso como yo; que no había pasado ningún trabajo en educarle. Cuando era un niño pequeño, no gritaba, lloraba raramente, permanecía tranquilo en cualquier lugar en que se le colocara; de tal manera que su presencia era más bien para nuestra buena madre un objeto de gozo más que de dificultades. A la edad de dos años mi hermano tuvo una enfermedad que le duró dieciocho meses y le colocó al borde de la tumba. Nuestros padres le encomendaron a la Virgen; encendieron varios cirios ante la imagen de esta poderosa protectora, y el niño recobró su salud contra toda esperanza. La divina Providencia ya mostraba, por esta señal, que una vida conservada así debería estar consagrada enteramente al servicio de Dios.

Eugène no resistió al atractivo de la gracia. Desde la edad de cuatro o cinco años, se vieron desarrollar en él los gérmenes de la virtud; se mostraba educado para con todo el mundo y muy obediente a cuantos tenían autoridad sobre él; no se lamentaba por nada, ni buscaba peticiones con nadie; Jamás se le vio encolerizado, ni iracundo; no conocía la venganza. Yo, que por mis travesuras reñía a menudo con mis otros hermanos o hermanas, no recuerdo haberlas tenido con Eugène, porque ya entonces sabía ceder a conciencia y hacerse todo para todos.

Desde la edad de diez años, este querido hermano manifestó disposiciones claras para la piedad: rezaba muy exactamente sus oraciones; asistía

asiduamente al catecismo y seguía con gran atención las explicaciones dadas por el señor párroco. En ello, debo rendir un justo tributo de reconocimiento a nuestra querida hermana Sor Julia que, siendo la mayor, trabajó con sumo cuidado por la educación religiosa de los dos jóvenes hermanos, Eugène y yo. Se esforzaba de mil maneras para formarnos en la piedad: unas veces era una buena lectura, otras una advertencia caritativa; intentó hasta enseñarnos a meditar. Eugène aprovechó tan bien esta dirección que mereció ser escogido para hacer la primera comunión antes que los otros niños de su edad. . En efecto, cuando cumplió unos trece años, llegó a la parroquia un nuevo párroco, que al no conocer todavía a su rebaño, dejó para el año siguiente la primera comunión de cincuenta a sesenta niños; pero no tuvo temor de hacer una excepción a favor de Eugène y tres de sus compañeros.

Ante semejante proposición se alarmó la modestia del piadoso niño: se creía indigno de esta elección; hubiera deseado emplear todo el resto del año para prepararse mejor a la gran acción que iba a realizar, porque comprendía ya la influencia que ejerce sobre toda la vida. Pero el buen párroco insistió; nuestra hermana Julia pensaba lo mismo; y Eugène, que no sabía más que obedecer, ya no resistió más a estas invitaciones. No quedaban más que quince días para la gran ceremonia; se puso manos a la obra, hizo una buena confesión general, después entró en retiro. No sabría decir la alegría que sintió, cuando hubo recibido a su Dios por primera vez.

A partir de ese día, sus progresos en la virtud parecieron ir aumentando más y más. Yo que le seguía por todas partes, puedo atestiguar que no advertía nada en él que fuera capaz de hacerle perder su inocencia; jamás escuché pronunciar una sola palabra contra el pudor o contra la religión; y si alguno de sus compañeros se permitía expresiones demasiado libres en su presencia, manifestaba inmediatamente su descontento, algunas veces hasta marchándose.

Sabía guardarse de la ociosidad y de toda familiaridad con los niños de su edad, sabiendo bien que esos son dos escollos muy peligrosos. Por otra parte, encontraba en su familia un poderoso preservativo contra los peligros; porque todos los días de la semana, cada uno se encontraba ocupado en los trabajos del campo o en cualquier otra obra manual; no se descansaba más que el domingo, en el intervalo de los oficios, y también en la casa.

Estas ocupaciones asiduas no permitían a Eugène entregarse a estudios continuados no podía ir a la escuela mas que durante el invierno; pero al suplir su aplicación y su claro juicio la falta de tiempo, llegó a adquirir suficientes conocimientos como para tomarle gusto a la lectura de los buenos libros, tanto como rechazaba la de los malos. Muy a gusto hubiera estudiado el latín, para consagrarse al estado eclesiástico; pero los recursos de la familia no lo permitían, sobretodo después de la muerte de nuestro buen padre, que aconteció cuando Eugène tenía nueve años.

Para consolarse de esta imposibilidad, soñaba con procurarme la felicidad a la que él no podía aspirar. En sus conversaciones íntimas, me decía con una

ingenuidad encantadora: "También yo desearía mucho hacer mis estudios; pero no podemos hacerlos los dos; tú eres más joven y tienes quizás mejor memoria que yo: aprenderás un oficio y te ayudaré a pagar tu pensión". Esto era ya un efecto del celo por la salvación de las almas que había adquirido en la comunión; pero no fue el único. Habiéndole sugerido uno de sus amigos a idea de vender buenos libros, como un medio de hacer el bien, Eugène lo aceptó de inmediato; y durante varios meses se le vio en el mercado exponiendo su pequeña biblioteca de libros piadosos o de controversia religiosa, venta que acompañaba a menudo con excelentes reflexiones para los compradores. Sin embargo este pequeño comercio no le hizo abandonar sus deberes domésticos: siempre estaba con sus pequeños cuidados para con nuestra buena madre, sin olvidar nada de cuanto podía serle agradable.

Para mantenerse en este camino, se alimentaba a menudo con el pan de los fuertes: todos los meses, a lo más cada dos meses, se acercaba a la santa misa. Más de una vez deploró la negligencia de sus compañeros de primera comunión, que comenzaban a relajarse en esta costumbre. "Ya veis, decía, cuál es la astucia del demonio: cuando ve a jóvenes que comulgan todos los meses, les persuade de que ya es suficiente hacerlos en las cuatro fiestas del año; después que ya es bastante hacerlo en pascua, como el resto de los fieles, por fin le conduce a abandonar la misma comunión pascual".

Recibió ayuda y dirección de nuestro segundo hermano mayor, Joseph. Se había establecido desde hacía tiempo en Blois, donde trabajaba en la mecánica y en la serrería. Era padrino de Eugène; y habiendo oído hablar de sus excelentes cualidades, deseaba tenerlo cerca de él. En relación con ello, manifestaba que los campos paternos no serían suficientes para mantener a la numerosa familia; que era bueno aprender un oficio, y que el de mecánico era honroso y bastante lucrativo. Eugène, por su lado, además de que se creía obligado a mantener alguna deferencia con su padrino, también veía, en la casa de un hermano, garantías excepcionales para su virtud. Otro motivo le comprometía para tomar este partido: yo había comenzado mis estudios y él deseaba ganar algo para cubrir los gastos de mi educación. Por eso, habiendo obtenido el permiso de nuestra buena madre, se decidió a partir, lo que no hizo sino después de haber recibido su bendición. Debió costarle a su buen corazón el dejar la casa paterna, decir adiós a una hermana, a un hermano joven, que no tenían con él más que un corazón y un alma; pero el deber le llamaba y, por otro lado, no había dificultad que le pudiera parar.

Se puso en camino, con cien francos en su bolsillo, para un viaje de más de ciento cincuenta leguas. Obligado a economizar, para llegar hasta el término de su camino y no ser una carga para su hermano cuando llegara donde él, decidió hacer a pie aquel largo viaje. Le costó algunos días, porque andaba a marchas forzadas. Para un joven de dieciocho años, esta decisión no estaba falta de dificultad; se necesitaba audacia y tenacidad. Pero ponía su confianza en Dios, y veremos a continuación que su esperanza no fue defraudada.

En Blois, durante los dos o tres años que permaneció allí, fue como el ángel tutelar de la casa; tenía un respeto verdaderamente filial a su hermano mayor y a su cuñada. Estos, por su parte, se apoyaban en él para mantener el buen orden en el taller. Todos los obreros le respetaban, admirando su asiduidad al trabajo, su afabilidad, su conducta irreprochable. Al ver las cosas en tan buen estado, Joseph y su esposa creyeron llegado el momento favorable para ir a visitar a nuestra buena madre. Llegados a Saint Bonnet, se deshacían en elogios sobre Eugène. De este modo, cuando tras dos meses de ausencia volvieron a su hogar, fue grande su alegría viendo que todo había marchado como si ellos hubieran estado allí. El domingo había sido siempre santificado en la casa; y las cuentas estaban perfectamente en regla.

Existe un prejuicio bastante extendido entre ciertos obreros, que para ser perfecto en su oficio, había que dar la vuelta a Francia. Joseph compartía quizás estas ideas. Fuera lo que fuese, se decidió que Eugène iría a trabajar durante un tiempo a Orleans y a París. Llegado a la primera de estas dos ciudades, no tuvo dificultades en encontrar trabajo. Durante los seis meses que permaneció allí, no estuvo al servicio más que de un solo patrón, el que por su lado no hacía más que alabar la fidelidad y la delicadeza de su nuevo empleado. La virtud de Eugène se manifestó entonces con tal brillantez, que sus compañeros le llamaban Eyraud el ángel. . Nadie osaba burlarse de su piedad; de este modo se sentía totalmente libre para santificar el domingo; en el intervalo de los oficios, leía buenas lecturas o bien se relajaba tocando la flauta; porque había aprendido un poco de música en sus momentos libres. Un día, algunos compañeros, sobre cuya moralidad creía poder contar, le invitaron a un paseo; después de una media hora de camino, le propusieron tomar un refresco. Eugène no aceptó sin pena esta última proposición. Pero apenas hubo tomado el vaso de vino que le ofreció, se dio cuenta de que en la sala vecina había personas cuyo aspecto le parecía sospechoso. Inmediatamente, dejando una moneda de plata sobre la mesa, desapareció bruscamente, dejando a sus falsos amigos con una admiración mezclada de vergüenza.

Habiéndole mostrado de cerca esta experiencia los peligros del mundo, renunció a su estancia en París, y resolvió hacer en su lugar un viaje al país natal. Al volver a ver a su Eugène, a nuestra buena madre no le costó nada reconocer que había sabido observar intacta la flor de su inocencia., y que hasta volvía mejor de lo que había partido. Fue durante las vacaciones del seminario menor, donde yo había estado dos años; y pude reconocer yo mismo los progresos que mi hermano había hecho en la virtud. Yo debería haberle servido de modelo, por la cuidadosa educación que había recibido, pero, al contrario, fue él mismo quien me daba el buen ejemplo; y tenía mucho en que humillarme, comparando mi tibieza y mi cobardía con su fe viva y su piedad ardiente. Si le proponía un paseo después de comer: *"Vayamos antes a la iglesia, me decía, para asistir a la oración, después daremos una vuelta"*. Cuando habíamos vuelto, me proponía también la lectura de un capítulo de la Imitación, antes de acostarnos. Existe, a cinco leguas de Saint Bonnet, un santuario conocido con el nombre de *Nuestra Señora de Laus*; es una peregrinación muy frecuentada por los habitantes de los contornos;

Eugène nos propuso ir allí todos en familia; y cuando terminamos este viaje, le parecía encontrarse en el colmo de la felicidad: No fue necesario convidarle a acercarse a los sacramentos en esta ocasión, porque en cuanto a los ejercicios de piedad, era él el que llevaba la iniciativa; por eso volvió de la peregrinación con un aumento visible de fervor.

Durante su permanencia entre nosotros, Eugène estaba sobretodo preocupado por el asunto de mi vocación, que se la tomaba con el más vivo interés, y como mi ligereza le inspiraba algunas inquietudes en relación con ella, no perdía ocasión para darme buenos avisos. Así, no aprobaba que yo leyese lecturas profanas, asegurando que poco a poco hacen daño a aquellos mismos que se dedican a ello aún sin mala intención. Una anécdota muestra hasta qué punto temía por mí ante el peligro de las malas compañías. Algunos seminaristas amigos míos vinieron a verme y tuvimos unos momentos de expansión, terminando con una pequeña merienda en casa de mi hermano Víctor, que tenía un restaurante. Mientras estábamos en la mesa, llegaron otros dos amigos que se unieron a nosotros. Todos juntos nos divertíamos de la manera más inocente. Pero Eugène estaba inquieto; al día siguiente me contó su pena. Me costó bastante llegar a tranquilizarle.

Terminado el tiempo de vacaciones, Eugène me condujo él mismo al seminario. Se veía que estaba feliz por ponerme al abrigo contra el peligro. Al dejarme me aseguró que su intención era la de venir a vivir conmigo cuando yo fuera sacerdote, añadiendo que quería ganar antes un poco de dinero, para no ser gravoso a nadie, para no estar a cargo de otra persona y ayudar a los miembros de la familia. Ahora bien, este fue el medio que había planeado para cumplirlo.

Durante una estancia en Blois, había conocido a un negociante de Buenos Aires, que le había tomado afecto y le había propuesto llevarle don él para ponerle al frente de sus fábricas, ofreciéndole gratuita la travesía y grandes ventajas. Eugène había querido consultar a nuestra madre sobre este proyecto; y este era el principal fin de su viaje al país. Habiendo obtenido el consentimiento que deseaba, se dispuso a partir, no teniendo duda alguna que esta empresa llegaría a ser para él la ocasión de una señalada gracia. Después de haber estado con su hermano en Blois para despedirse y recibir sus consejos, Eugenio se embarcó para el nuevo mundo: pero apenas llegado al término de sus planes, experimentó las primeras pruebas que le preparaba la divina Providencia para conducirlo a sus fines. Habiendo estallado una guerra entre la república de Buenos Aires y los Estados vecinos, los almacenes del patrón dirigido por mi hermano habían sido saqueados, ya que estaban en el campo. Eugène se vio obligado a servir, como criado, en un hotel. Al cabo de cuatro meses, pudo con el ahorro de sus sueldos, unirse a una caravana que hacía la ruta hacia Chile, con la esperanza de encontrar en ese país una posición más soportable.

La travesía de las montañas Rocosas fue larga y penosa; y pasó todo un año sin que tuviéramos noticias del pobre exiliado. Por fin nos escribió desde Santiago, para decirnos que sus negocios estaban en buen estado y que si no

hubiera experimentado la pérdida de un pequeño capital colocado por él en una compañía de ferrocarriles, ya habría podido enviar algunas ayudas a sus sobrinos de Blois, que acababan de perder a su padre. Efectivamente, poco tiempo después les envió tres mil francos, y después sumas aún mayores. Así ayudó a la educación de su sobrina Julia, a quien hizo entrar en el pensionado del Sagrado Corazón de París, comprometiéndose además a pagar su dote si entrara en el convento, como él mismo deseaba. Ayudó también a varios miembros de su familia, lo que para él era el colmo de la felicidad. Así fue como envió cinco mil francos a la buena hermana Julia, para ayudar a hacer frente a las necesidades de nuestra madre que ya sufría las enfermedades de la ancianidad. Uno de nuestros hermanos establecido en Lyon, gozó igualmente de las liberalidades de Eugène. Tampoco yo fui olvidado por este caritativo mentor de mi infancia: primero me proporcionó un donativo de seiscientos francos; después me proporcionó una capilla en color rojo vivo. Más tarde al saber que había entrado en el seminario de las Misiones Extranjeras y que había emprendido la erección de una pequeña capilla, quiso pagarme los gastos. En una palabra, entre todos los miembros de la familia, solo él se olvidó de sí mismo.

Sin embargo, al saber que yo había partido para evangelizar a los infieles, Eugène empezó a envidiar mi felicidad. Todas las cartas que me envió en esa época respiraban un ardiente deseo de trabajar para la gloria de Dios y la salvación de las almas; hasta llegó a preguntarme si no podría venir a encontrarse conmigo en China y poner su industria al servicio de la misión. Me vi obligado a responderle que no me sería de gran utilidad en ese país, ya que las artes están en ese país bastante avanzadas y que, por otro lado, para estar preparado para enseñar, hay que ser muy hábil en la literatura indígena, lo que supone grandes estudios realizados mucho tiempo antes. Eugène se consoló diciéndome que trataría tomar de sus ahorros para proveer al cuidado de los predicadores y de los catequistas que trabajaban conmigo. Dios, que veía la pureza de sus intenciones, le proporcionó el medio de realizarlas, de un modo inesperado, pero más allá aún de sus deseos. He aquí, poco más o menos, en qué términos me escribió sobre ello:

“Un día, trabajando en mi taller, vi pasar por delante de la puerta a dos sacerdotes cuyo andar tenía algo de francés. Sospechando que pudieran ser mis compatriotas, les grité en mi lengua materna: *“Entrad, señores, entrad”*. Y veo con gran felicidad que han comprendido y aceptado mi invitación y me encontré en compañía de dos sacerdotes franceses de la Congregación de los Sagrados Corazones. Estos buenos Padres me llevaron a su procura, donde no tardé en entablar con ellos y sus compañeros relaciones de la más íntima amistad. Ahora me doy buena cuenta de que Dios me llama a entrar en esta sociedad. Podría enseguida utilizar para las misiones de Oceanía los diversos conocimientos que he adquirido hasta hoy”.

Mi buen hermano estaba desbordado de felicidad por sus votos. Una sola cosa le inquietaba: tenía sobrinos cuya madre estaba viuda y padeciendo necesidad; a pesar de que hubiera hecho sacrificios en su favor, no creía sin embargo haber hecho lo suficiente por ellos. Resolvió, pues, cederles el

establecimiento que había creado en América, y que podía valer cincuenta o sesenta mil francos. Todo fue arreglado y cumplimentado como había previsto.

Libre así de toda preocupación, ya no soñaba mas que en darse a Dios sin reserva, no teniendo otra pena que el de no haberle ofrecido, como él decía, mas que los restos de una vida entregada a las cosas de este mundo. Fue en Valparaíso donde hizo el noviciado en la casa de los Padres de Picpus. Dejo a quienes le han visto de cerca, durante este tiempo de prueba, que hablen de los progresos que hizo entonces en la virtud. Para mí que he conocido sus felices disposiciones, no hay ninguna duda de que haya conquistado fácilmente la estima y el afecto de los miembros de su nueva familia. Y sin embargo, no olvidó la que dejaba en el siglo. En el momento de su partida, había prometido a nuestra buena madre volver donde ella lo más pronto posible. Se sentía comprometido por esta palabra, tanto más que aquella que la había recibido se acercaba al término de su carrera: una grave enfermedad ponía en peligro su vida. Escribiendo esta noticia a Eugène, su hermana Julie le suplicaba que no rehusara a toda la familia el consuelo de volverle a ver por última vez, añadiendo que él podría después seguir libremente su vocación religiosa.

Mi hermano creyó un deber el seguir este consejo. Sus superiores no se opusieron en modo alguno, tanto más que él tenía que arreglar muchos asuntos para los que la presencia de Eugène parecía moralmente necesaria. Por tanto, después de diez meses de noviciado, volvió a Francia.

¿Tendría el coraje de romper una vez más los lazos que iba a reanudar? Se podía legítimamente ponerlo en duda; también los Padres de Valparaíso derramaron lágrimas en su partida. Sin embargo la gracia fue más fuerte que la naturaleza. Después de haber pasado algunos días entre sus hermanos mayores, Eugène llegó bajo el techo paterno. Pero no tuvo el consuelo de encontrar allí a su madre; porque había pasado a una vida mejor. No permaneció mas que un mes en casa de su hermana Julie; después volvió a tomar el camino del noviciado de ultramar, tras haber edificado mucho a todos los miembros de la familia, por su piedad, su despego del mundo y sobretodo por sus buenos consejos.

De vuelta a Valparaíso, Eugène retomó sus piadosos ejercicios con un nuevo fervor. Poco después me escribía: "Acabo de hacer mi profesión y he tomado el bello nombre de Joseph. Ojalá pueda llevarlo dignamente!" El resto de la carta era una nueva expresión de su pena por no haber consagrado a Dios los años de su juventud.

Desde ese momento, mi hermano se entregó con tanto ardor a los deberes de su estado, que parecía que apenas volvió a ocuparse de mí; sus cartas se hicieron muy raras; todo cuanto he recibido de él, es la descripción de la isla de Pascua, después el relato de los nueve primeros meses de sus trabajos en esa misión, con otras pequeñas notas. Me sentiría muy feliz, por tanto, de recibir algunos detalles, al menos de los últimos momentos de mi hermano

bien amado. Este recuerdo me será tanto más precioso porque harían más estrechos los lazos que me unen en espíritu y afecto a la piadosa sociedad *de los Sagrados Corazones*, con la que deseo permanecer siempre en comunión de oraciones.

Dado en Pen-Choui (Sutchuen, China), el 24 de junio de 1869.

EYRAUD, mis. apos. de la Sociedad de las Misiones extranjeras.

## EPÍLOGO

Terminamos trayendo a esta breve historia -¡cuánto material se ha quedado en el camino!- recordando el libro "*150 años de presencia en Chile*", de nuestros hermanos chilenos, Juan V. González, ss.cc. pgs. (1-28) y Esteban Gumucio, ss.cc. (pgs. 29-102), editado en Santiago en 1984. Al texto inicial de Juan Vicente, siempre experto en abrir la primera historia, sea de Chile como de la Congregación, sigue el texto que siempre canta mientras se lee, porque le brota de lo mejor de su selecto espíritu.

Esteban, hombre exquisito, le echa literatura al asunto, ya que nunca estuvieron presentes en la lejana isla, separada a 4000 Kms. ni tan siquiera después cuando, por convenio internacional, pasó la Isla de Pascua a formar parte del territorio chileno, asumiendo también después la jurisdicción eclesiástica. Antes, en este aspecto, formaba parte del *Vicariato Apostólico de Oceanía Oriental*, atendida por tanto por nuestros hermanos responsables de la evangelización de esa inmensidad de islas que forman la Polinesia. El P. Esteban escribe en este libro, recordando al Hermano Eyraud:

"Entra a la Congregación después de unos años de trabajo como carpintero y tornero en Antofagasta y en Tocopila. Quiere entregar su vida al servicio de Dios sin miras al sacerdocio. Su anhelo es trabajar en las misiones. Es a él a quien confía el P. Pacomio la tarea de ser el pionero de una arriesgada misión. Lo envía a la isla de Pascua, lejana y solitaria a miles de kilómetros del puerto de Valparaíso (4.000 Kms.).

"En una primera expedición va el Hermano Eugenio a explorar el terreno de una posible evangelización. Allí vive una extraordinaria experiencia misionera, solo entre los isleños cuya lengua no conoce. Desde Valparaíso lo rescatan de su aislamiento y, desde este mismo puerto, parte definitivamente a Pascua en 1865. Fallece en la isla el 19 de agosto de 1868.

"A través del hermano Eugenio, la Provincia aventurera dejó caer la primera semilla evangélica entre los serios moais, y estableció el primer lazo de comunicación estable, que mucho tiempo después hará de la isla de Pascua parte del territorio chileno.

“Eugenio Eyraud, junto con el testimonio sencillo y fervoroso de su entrega al servicio de los humildes isleños, nos deja en la Provincia una senda nueva de grandes proyecciones: las vocaciones religiosas en el medio obrero y las posibilidades de una vida religiosa activamente pastoral, con grandes responsabilidades, sin estar ligada necesariamente al sacerdocio”.

## Unas acotaciones al texto

Son varias y serias las puntualizaciones que se podrían hacer a este texto, para que parte de su contenido no se esconda bajo la sola prestancia de las bellas palabras. Desacuerdo total en ciertas afirmaciones dedicadas más bien a la galería. Un pedestal que el H. Eyraud no necesita. Siempre ha sido más bella la verdad de la realidad. Se le quedan a uno en el corazón unas cuantas preguntas, porque la historia de Pascua, y del Hermano Eugenio en concreto, ya no pueden ser mas que como fueron.

En cuanto a la situación en que la isla queda como jurisdicción eclesiástica de la Diócesis de Santiago, es comprensible que a tales distancias ofreciera dificultades de atención evangelizadora, pero... queda un poco de pena por la ocasión perdida de un segundo Molokai, que no fue abandonado después de la muerte del P. Damián. Quizás imposible, porque la Isla de Pascua no tenía un barco que la visitara cada semana con la amarga carga de nuevos contagiados y la de los alimentos, como en Molokai. Pero sí que hubo un Gobierno para esquilmar su pobreza, que quiso y pudo pastorear su rebaño permaneciendo en el lugar. ¿Habría que recordar la “astucia de los hijos de las tinieblas...” según el Evangelio?

Sin embargo, hay que agradecerle al P. Esteban las dos conclusiones a que llega como consecuencia de la singular vida del Hermano Eugenio. Diría que son como su carisma personal, aquello que condensa cuanto ha cabido de singularidad irrepetible en su corazón...Desarrolla su vida partida en dos, entre las cuales Existe el riesgo de admirarse por lo asombroso. Quizás no se ha reparado suficientemente en lo que para él supuso la serenidad nostálgica del tiempo de su singular noviciado, realizado después de sus primeros diez meses. Tuvo que ser una experiencia única para el decurso del tiempo restante de su vida. Repuesto y consagrado como religioso de la Congregación, el Hermano Eyraud, puede ejercer de nuevo el carisma que continuaba siendo la ilusión de toda su vida, el de evangelizar a los pobres desplegado su “coraje y aguante” que nos han parecido definir su particular y personal, su irrepetible vocación. Sin insistir demasiado, en su caso, mientras avanza el tiempo, entre laico y hermano religioso. Sus diferentes actitudes, parecen convencer de que va simplificándose su vida, haciendo converger todo en el amor de caridad, asombro de Dios que le ha conducido y caridad con quienes ha querido que pierda su vida. Si no es que este fue el comienzo hacia el final de su vivir cristiano, de laico o de religioso.

Llegaron a tiempo los evangelizadores “bautizadores”, [misioneros de la Polinesia y de Hawaii] digamos el P. Roussel y el Hermano Regal .... Llevando consigo al indispensable “Hermano Eugenio”. Su evangelización por los

expertos misioneros fue sorprendente, también en coraje y aguante, debida sin duda a su larga experiencia pastoral y a su prestancia ante el pueblo. Pero es aquí donde aparece la singular y fulminante "conversión", que parece no tener otro origen inmediato que los comportamientos anteriores del Hermano Eyraud. Creemos que se da en este caso, tantos ha habido semejantes, la "conversión" mental que había supuesto anteriormente la actividad, día a día, durante sus diez meses, en lugares y circunstancias muy diversas, de este nuevo Juan el Bautista, por sobrenombre Hermano Eugenio Eyraud. Su "martirio", en su concepción más original y auténtica, con gentes tan difíciles, con tal "coraje y aguante", con la santa paciencia del santo Job, fue sin duda la razón de la "conversión primera", la más difícil pero la raíz de todas.

Esta "primera conversión" consiste en ayudar a quien es un pobre 'salvaje', sin culpa alguna suya, a que se convierta, cuanto antes y lo más posible, a la dignidad de "hombre". Este es el 'paso', la 'Pascua' de la primera conversión. Este fue el misterio de la vida y el comportamiento del Hermano Eugenio Eyraud. Su intención al ir a Rapa Nui era la de hacer hijos de Dios. Para ello llevaba sus libros de oraciones y ritos. Por ello su gran dolor al pensar que se los hubiera llevado el barco tras su entrada primera y accidentada en Rapa Nui. De ahí su más que enorme y santa alegría al haberlos reencontrado. Por la gracia de Dios, el que era un 'niño bueno y generoso' hizo que fuera adquiriendo y teniendo conciencia de que su catecismo era su propio comportamiento, hecho de coraje de acero y de aguante paciente, ante una situación que hubiera enloquecido a cualquier otro en tales circunstancias. Esta fue su singular personalidad, primero para conseguir permiso de trasladarse solo a Rapa Nui a pesar de los pesares (noviciado, contagios...). En segundo lugar la paciencia-serenidad-aguante, es decir un conjunto de cualidades difíciles de encontrar juntas en un hombre que se halla en situaciones tales que son un desafío al resto de los mortales. Algo para admirar, más que para repetir. El corazón del Hermano Eyraud era el corazón del mismo Dios.

Emocionan, hasta compungir, los interrogantes que se planteaba el Hermano Eyraud, durante su enfermedad, ya en el lecho de muerte, asombrado de los caminos de Dios para haber realizado con él sus 'maravillas', llevándole por tantos caminos desde su pueblecito al pie de los Alpes, hasta este pequeño rincón perdido en la inmensidad del Pacífico. Ni se lo imaginaba, ni lo sospechaba, viéndose en manos de Dios como una de las herramientas que él manejaba con tal destreza. Sin reproche alguno ante Dios por la vida tan joven que le arrebatara el contagio, tan solo con agradecimiento y hasta asombro para lo que ni aún ahora podía creerse, que Dios se hubiera servido de aquel niño inocente y bueno. Es este el quicio sobre el que su hermano menor, Jean Eyraud, sacerdote misionero en China resalta en él, hasta convertirlo en su carisma personal, el centro en que apoya toda su vida, como lo ha demostrado con su comportamiento ante los rapa nuis. ¿Será esto lo que quieren significar las Bienaventuranzas al hablar de los "mansos y humildes de corazón"?

## PAKARATI

Aunque sea esta una historia a falta de tantos detalles, no queremos dejar fuera, al menos, este apéndice que es de lo más emocionante que se encuentra en la Isla de Rapa Nui, evangelizándose a sí misma a falta de otro amor.

La Isla de Pascua o Rapa Nui formó parte del vicariato apostólico de Tahiti hasta el 2 de febrero de 1889. En esta fecha, un decreto consistorial del Vaticano, a petición formal de Mons. Verdier, la separó de Tahiti para confiarla a la solicitud pastoral del Arzobispado de Santiago de Chile. Era natural, ya que la Isla acababa de ser anexionada al territorio de la República chilena. Desgraciadamente, el Arzobispado de Santiago, no pudo servir, como lo había esperado a esta nueva cristiandad, distante a 4000 Kms. de su diócesis, de lo que resultó para los pobres 'rapanuis', un abandono prolongado del que es fácil adivinar las tristes consecuencias. El catequista *Pakarati* en tiempos pasados formado en Tahiti – el P. Alberto Montiton le había encontrado aquí en la Isla de Pascua – se empleó a fondo en atenuar el mal: pero ¿cómo resarcir a las almas la ausencia total del sacerdote, fuente indispensable de los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia?

En 1911 los cristianos de la Isla de Pascua no han visto al sacerdote desde hace una docena de años. Mons. Edwards, nombrado capellán jefe de la marina chilena, se preocupa de llevarles socorros. Don Zoísmo Valenzuela, capellán militar, permanece ocho días en Rapa-Nui ; Don Ismal, capellán de marina, cinco días en 1913 y tres días en 1914. Pero su ignorancia de la lengua canaca, no hace mas que exasperar los rechazos de la pequeña cristiandad. Una carta escrita en esta época (9 febrero 1914) por el viejo catequista *Pakarati* adquiere trágicos accidentes. Su emoción y ciertas de sus palabras harían pensar en alguna misiva escrita en los primeros siglos por una iglesia en peligro:

La Isla de Pascua o *Rapa Nui* formó parte del Vicariato Apostólico de Tahiti hasta el 2 febrero 1889. En esta fecha un decreto consistorial (consistorios de la Iglesia) a petición de Mons. Verdier, la separó de Tahiti para confiarla a la solicitud pastoral del Arzobispo de Santiago de Chile. Era algo muy natural, porque la isla acababa de ser anexionada al territorio de la República chilena. Desgraciadamente el Arzobispado de Santiago no pudo servir, como lo hubiera deseado, esta nueva cristiandad distante, así y todo, a 4000 Kms. e su diócesis, de lo que resultó para los pobres rapa-nuis un abandono prolongado del que es fácil adivinar sus tristes consecuencias.

El catequista *Pakarati*, que había sido preparado para ello en Tahiti – que el P. Montitón le había encontrado en Rapa Nui en 1888 – se dispuso tanto como pudiera a atenuar el mal: ¿pero cómo resarcir a las almas de la ausencia total del sacerdote, fuente indispensable de los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia? En 1914, habiéndose presentado una ocasión de escribir a Chile, el venerable catequista, se dirigió al R. P. Jaffuel, ss.cc., de residencia en Valparaíso, la singular carta que transcribimos. Sabía que el P. Jaffuel tenía una

gran simpatía por la isla de Pascua; le escribió, pues, suplicándole que interviniera a favor de la cristiandad desolada. Quien va a transcribirla la tiene ante los ojos, con una escritura singular por su claridad.

A 9 de febrero de 1914

¡A Félix y a la Asamblea cristiana. Saludos a ti, nuestro Padre, en los Sagrados Corazones de Jesús y de María Inmaculada!

Esta es la palabra de la asamblea de Rapa Nui: levántate, ven aquí a ver el bien y el mal. Es ya el sexto año que la selva crece sobre nuestra tierra, es decir el pecado. ¿Y quién por tanto vendrá a consolarnos con los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía que deseamos ardientemente todos los días? ... Nos parecemos a los niños cuyo corazón está apenado, cuando ven el retrato de su padre que se ha marchado a una tierra extranjera; y nuestro padre eres tú, los obispos y los sacerdotes.

Hay otra cosa que he de decirte: nuestra asamblea – los jóvenes – ha aumentado. Estamos sin confesión, sin comunión, sin confirmación, ahora somos doscientos. Con coraje para rezar a Dios todos los días, mañana y noche; pero ¡lástima!, no hay manera de hacerlo: nuestra iglesia está en ruinas, el techo se ha caído, solo queda el bajo. ¿Y vosotros? ¿Y vosotros ¿cómo andáis de medios? Es ya el sexto año que pedimos al gobierno chileno (que nos haga una iglesia), y no nos ha escuchado. Pero ¿quizás podías pedirla tú mismo?.

Hay otra palabra que quería hacerte saber. Soy yo, Pakarati, catequista de Rapanui, quien te escribe. Te pregunto: ¿Me has enviado realmente una carta?. Si es así, no me ha llegado

Otra palabra que nosotros dos te dirigimos: pide al gobierno chileno, tú nuestro Padre, un navío para transportar a las gentes de la Isla de Pascua a Tahití, para ver sus terrenos. Han surgido dificultades, porque rapanuis han vendido los *nuestros* a los extranjeros (a los colonos europeos).

Ya he hablado bastante. ¡Adiós, Padre!

**Firmado:** El catequista Pakarati, *Jean-Etienne* y la *Asamblea cristiana de Rapanui*.

En su última petición Pakarati hace alusión a terrenos situados en Tahití y pertenecientes a los nativos de la Isla de Pascua. Para comprender esa posesión, hay que recordar que un gran número de Rapanui habían sido transportados como trabajadores a Tahiti antes de 1871. Algunos habían adquirido allí algunas tierras, y sus herederos que permanecieron en Pascua se extrañaban con toda razón que se permitieran disponer de ellas sin su consentimiento.

La Isla de Pascua no estaba completamente abandonada en el momento en que escribía Pakarati. Efectivamente, en 1911 y 1913, un capellán de la marina

chilena había pasado por allí y había permanecido una vez ocho días, otra cinco días. Si hubiera conocido, habría podido hacer mucho bien, pero al no hablar más que el español, su paso no hizo más que aumentar los enfados que sentían los nativos por su separación de Tahiti y de los misioneros que hablaban su lengua. Para ellos prácticamente equivalía casi como si estuvieran prácticamente abandonados. Esta situación penosa se mejoró poco a poco, sobretodo a favor de los jóvenes, que fueron aprendieron el español en la escuela.

La fotografía de la iglesia [nota: de tejado muy pendiente a dos aguas, con cinco ventanas 'góticas' a cada lado, que lleva al pie de la foto "Capilla de Hangaroa en la Isla de Pascua en 1927, según una fotografía proporcionada por el R. P. Félix Jaffuel ss.cc." No da sensación por su sencillez que haya costado mucho dinero] prueba de que el gobierno chileno no hizo oídos sordos a las peticiones de los cristianos de Rapa Nui. El R. P. Félix Jaffuel, recordando que la misión la Isla de Pascua había sido primitivamente una obra de nuestra Provincia de América, se sintió feliz al abogar por la causa de una cristianad tan digna de interés, y no quedó sin fruto.

La población siguió sin embargo, por el hecho de su aislamiento, privada del beneficio de la frecuente vista del sacerdote. También, aunque el vicario apostólico de Tahiti estuviera oficialmente descargado de la evangelización de esa isla, sin embargo, si se presentaba la oportunidad de hacer pasar a uno de sus misioneros, no dudaba en hacerlo, olvidando el coste tan enorme de un viaje semejante. Es lo que hizo en enero de 1927 enviando allí al R. P. Francisco Regis Abgrall. ¡Coste del viaje 6000 francos! Pero durante los cinco días que el misionero permaneció en medio de sus habitantes, bendijo cinco matrimonios, suplió las ceremonias del bautismo de cuarenta niños y distribuyó cien comuniones. Y constató que, gracias al celo del venerable catequista Pakarati, todos los fieles, sin excepción alguna, asisten muy exactamente, cada domingo a la oración que, ese día, remplaza en la iglesia la celebración de la misa, de la que sienten vivamente su privación. La queja angustiada del guardián de la fe ¿no anunciaba alguna violencia? Los espíritus se exaltaban, efectivamente. Una llamada Anata, de edad y enferma, se convertía a veces en figura de profetisa.

Con un tono penetrante: "No temáis, Dios nos hará justicia, decía a su pueblo reunido. Renunciad primero a todo odio y a toda venganza... Dios no dejará abatirse a los Maoris". Y empujó a su pueblo a llevarse ovejas y terneros de las posesiones de los terratenientes. Estos decían al pueblo que eran de su propiedad porque la habían comprado al Estado. Interrogados sobre los acontecimientos, los indígenas respondieron según consejo de Anata: "Tenemos hambre y Dios nos ha ordenado obrar de esta manera"

Esta 'revolución pascuana' atrajo a atención de las autoridades chilenas. Mons. Edwards resolvió trasladarse a la isla de Pascua en cuanto pudiera y otorgar en persona los recursos espirituales y materiales a los abandonados. Abordó en junio de 1916, acompañado del capellán militar a quien reconocieron de inmediato entre grandes alegrías.

Estaban todos allí para recibir la bendición del "Epikopo", un raro favor en la isla lejana. El corazón del obispo se emocionó al contacto de aquella gente desheredada. El mismo describió cómo, ante el altar desmantelado de la iglesia de planchas, dirigió por largo la palabra a esta población colocada en un orden impecable, los hombres de un lado, las mujeres del otro, los jóvenes delante. "Jamás he tenido un auditorio más atento y más ávido de aprender". Los cantores de la pequeña cristiandad ejecutaron magistralmente la misa aprendida de los misioneros franceses hacía 50 años antes, en un canto llano "como se querría escuchar en nuestras iglesias". Entre 1917 y 1923, se ocuparon de la cristiandad diferentes sacerdotes, quedando cuatro años sin ninguno. Mos Hermel de Yahiti envió al P. François Regis Abgrall al precio de 6.000 francos el viaje.

En este año de 1927 se murió el viejo catequista Pakarati a los 90 años. "Me llamó a su lado, contó el hijo, y me dijo: "Coraje, escúchame, siento que voy a dejar esta tierra, no quiero dejar mi rebaño sin pastor espiritual. Te ruego que me reemplaces para guardarlo, conducirlo y alimentarlo...". En esta cristiandad cuya perseverancia llama la atención la guarda de la fe se pasa así de mano en mano. No obstante las inevitables miserias, su fe permanece intacta.

De esta piedad pascuana, el Sr. Lavachery nos ha dejado un cuadro donde lo pintoresco no excluye lo edificante: "La Misa \* comienza alas nueve, después de las llamadas repetidas de una campana golpeada con un badajo... Es la ocasión de un despliegue extraordinario para exhibir sus adornos... Los pascuanos van vestidos de antiguos uniformes de oficiales de la armada de tierra o de mar. Toda pascuano aparece en la misa con, al menos, el galón de teniente y a menudo este teniente va con los pies desnudos. Las pascuanas no se ponen menos elegantes.

Los hombres se arraciman a la derecha de altar. Todas las sillas les están reservadas. Las mujeres se sientan en el suelo donde es elegante colocar, de antemano, un pañuelo fresco.

El catequista hace entonces su entrada. Generalmente se reviste de una túnica blanca colonial más menos inmaculada, una media capa de seda rosa adornada con estrellas de plata reforzada de púrpura, lo que le da al bueno de Timoteo Pakarati el aspecto más curioso del mundo.

Los cantos resuenan de repente, y los hombres añaden un bajo, con la boca cerrada, retumbante y profunda como los acordes del órgano. Las voces son puras y fuertes, un poco ásperas pero justas. Se alzan los cantos y retumban con nobleza, se repiten sin descanso, después a menudo se mantienen sobre una nota menor que lo prolonga en una resonancia de melancolía infinita. Así es como en las más aisladas de las tierras se continúa la tradición religiosa marcadas de un cachet bien particular. A pesar de su soledad y su indigencia, Rapa-Nui no ha olvidado ni su bautismo ni a sus bautizadores. Como para

---

\* En ausencia del sacerdote, es una plegaria pública presidida por el catequista.

testificar de ello ante el mundo y gracias a la amabilidad del jefe de la misión belga, el islote lanzó el radiograma siguiente:

Casa Madre de los Sagrados Corazones, Braine-le-Comte (Belgique)

En homenaje. Comunidad Rapa-Nui

Firmado: Pakarati, Lavachery.

Jamás, a buen seguro, las ondas pascuanas se habían estremecido con un mensaje semejante.

Extraña coincidencia, en el día aniversario de la llegada del hermano Eyraud a la vista de la isla pagana, los convertidos pedían a los espacios que llevaran - por encima de todas las tierras y mares - su simpático 'gracias' a la Sociedad religiosa que, setenta y un años antes, les había llevado la salvación.

\* \* \* \* \*

La Isla de Pascua, o hemos repetido, formó parte del vicariato de Tahiti, y aunque desde el 2 de febrero 1889 fue oficialmente colocada bajo la jurisdicción del Arzobispado de Santiago de Chile, nuestros Padres de Tahiti no han cesado de mostrar interés por su pequeña cristiandad heredera de la fe aportada por nuestros primeros misioneros en 1864. Hace poco, además, El R. P. François Régis Abgrall hizo una corta aparición por allí, y el Veá Katorika tahitiano, del mes de agosto 1930, nos ofrece el texto de una carta dirigida por el hijo del difunto catequista *Pakarati* a Mons Hermel. Contiene informaciones precisas sobre la población y sobre la perseverancia en la fe católica. Nos ha parecido bien ofrecer su traducción a nuestros lectores, entre los que muchos conservan con un vivo interés las menores noticias recibidas de la misteriosa Rapa Nui.

Carta del catequista Timoteo Pakarati (hijo) a su Grandeza Mons. Athanase Hermel, vicario apostólico de Tahiti:

"Con toda la comunidad cristiana de Rapa Nui os saludo en el amor de Dios y en los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

He aquí algunas noticias de nuestra isla. Toda la comunidad cristiana, hombres, mujeres y niños, perseveran con coraje en la oración diaria y en la santificación del domingo y de los días de fiesta.

Los niños van a la escuela, donde un maestro chileno les enseña el español. En cuanto a mí, enseñé el catecismo cada día y particularmente los domingos. Las oraciones se hacen en tahitiano y en español. Así es como debemos hacer, porque el sacerdote chileno que ha llegado, nos ha dicho: "Puesto que vuestra tierra pertenece ahora a Chile, debéis intentar aprender la lengua de Chile, que es el español".

Hay aquí un gobernador chileno, un policía chileno, tres ingleses empleados en cortar la lana de los corderos y ocupados con las bestias que son considerables, ovejas, bueyes y caballos.

La cifra total de la población es de 400 personas.

Yo soy el hijo mayor de Pakarati, a quien he sucedido en el cargo de catequista. Mi padre Pakarati murió el 12 de octubre 1927. En esa fecha escribí a Vuestra Grandeza para exponerle el estado de Rapa Nui, volví a escribir de nuevo en 1928 para anunciarle la muerte de mi venerable padre que ha ejercido las funciones de catequista durante cuarenta años. Yo le reemplazo actualmente.

Timoteo PAKARATI.

## Vocabulario de la lengua de la isla de Pascua o Rapa Nui

En un cestillo de cerezas, si tira de una siempre viene acompañada de otras. La cereza es una fruta generosa. Me refiero a esta última nota, que me ha aparecido cuando creía haber terminado. Interesa por cuanto ahora mismo acabamos de hablar de la lengua en la Isla de Rapa Nui. Aquí se habla del *Vocabulario* a que hace referencia el título, que se ha de transmitir en su totalidad para saber de qué se trata. Dice que ha sido 'compuesto' por el P. *Hipólito Roussel*, ss.cc., en francés se entiende, y ordenado con la versión castellana por el P. *Félix Jaffuel* de la misma Congregación. Santiago de Chile, Imprenta San José, 1917. Un volumen en 4° de 189 páginas. A ambos Padres ya los conocemos. El P. Roussel es el que fue a Isla de Pascua para constatar, al cabo de diez meses, si es que aun vivía el Hermano Eyraud, volviendo con él, terminado su noviciado, a evangelizar la Isla Rapa Nui. El P. Jaffuel, residente en Valparaíso de Chile, fue quien recibió las cartas que le enviaron los catequistas Kaparati, padre e hijo.

El R. P. Hipólito Roussel, misionero de la Isla de Pascua, de 1866 a 1971 [hasta tres años después de la muerte del Hermano Eyraud ], había compuesto un vocabulario francés-*rapanui* que fue publicado en 1908, diez años después de su muerte, por la Universidad de Lovaina. Este léxico apareció primero en la revista científica *le Museon* (entregas 2 y 3 de 1908), posteriormente en una edición aparte de un volumen de 96 páginas en 8° a dos columnas. El pequeño diccionario va precedido de una introducción del R. P. Ildefonso Alazard.

Habiendo sido anexionada a Chile la Isla de Pascua, el R. P. Félix Jaffuel, superior de nuestro colegio de Santiago, creyó que no sería inútil añadir a este vocabulario *francés-rapanui* una tercera lengua, el *español*, que es el idioma de los chilenos, y que sin duda sería la lengua de la mayor parte de quienes entraran en relación con los indígenas de la isla de Pascua. Por eso se puso a buscar el equivalente de todas las palabras contenidas en el léxico, y a componer el vocabulario del que saludamos, con un poco de retraso, su aparición. Su publicación efectivamente, comenzada un poco antes de la guerra, en la *Revista Católica de Santiago de Chile*, se prolongó hasta 1917, época en que la obra se editó en un gran volumen en 4° de 189 páginas a tres columnas.

La introducción, sensiblemente diferente de la del R. P. Ildefonso Alazard, se preocupó sobretodo en escribir la biografía del R. P. Hipólito Rousell y en resumir sucintamente la historia de la misión de la Isla de Pascua, cuyo principal héroe fue el *Hermano Eugenio Eyraud*.

Nos alegramos y felicitamos al R. P. Félix Jaffuel por esta nueva contribución a la lingüística polinesia y *maori*.